Novela de CÉSAR CARRIZO

Mundo Argentino

Nota sobre LONDRES de CATAMARCA — pág. 25



Actrices argentinas: BERTA GANGLOF

Foto Bixio y Castiglione

Nº 939

10 centavos en toda la República

En este número: "La tormenta", por Luis Franco - "Una familia de boxeadores" por Pedro Goitía - "La obra cultural de las Bibliotecas Municipales". por Juan Martínez Alcorta - "El alma de las mulas", por César Carrizo

Aventuras de Tarantelli y Peteneras

Por LUIS BELLO

























SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES

Mundo Argentino

LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA EN LA AMERICA DEL SUR

Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262
U. T. 60 Caballito, 1020 al 1029
Dirección Teleg.: "Senyah"

Oficina Central para Avisos y Subscripciones
AV. ROQUE SAENZ PEÑA, 651, 1er. piso
Unión Telefónica 38, Mayo, 2031 y 2032
BUENOS AIRES



SUBSCRIPCION ANUAL UNICAMENTE

Capital (52 números)	$ 5.— m|n.
Interior "	" 5.— "
Número suelto	" 0.10 "
" atrasado	" 0.20 "
Exterior	" 3.— oro

REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR. — En Inglaterra: S. S. Koppe & Co., Ltd. Chronicle House. En los Estados Unidos: S. S. Koppe y Cía., Inc. Times, Building, Nueva York.

AVISOS DEL EXTERIOR.—Se aceptan avisos de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AÑO XIX — BUENOS AIRES, ENERO 16 DE 1929 — NÚM. 939

Notas de la semana

Llegará un día en que la Boca quedará reducida a cenizas

Periódicamente el barrio de la Boca nos brinda el espectáculo de un incendio que, por regla general, adquiere las proporciones de un grave siniestro, dada la facilidad de propagación que encuentran las llamas, nunca tan bien mantenidas como con el generoso combustible de las casas de madera.

Nosotros somos los primeros, cuando los cablegramas nos traen la noticia de alguna catástrofe similar en las ciudades chinas y japonesas, donde el fuego arrasa con barriadas enteras, en lamentarnos, condenando a los gobiernos que, imprevisoramente, permiten esas edificaciones, perennemente prontas a carbonizar a miles de inocentes, en cuanto la chispa toma incremento. Aquí tenemos igualmente ese conmovedor problema de las viviendas incendiables, y, sin embargo, nadie levanta la voz para intentar a tiempo la seguridad de los pobladores de la Boca, habitantes que viven bajo la inquietante amenaza de ser devorados por el fuego.

Ya el año pasado, una manzana de la popular barriada fué pasto de las llamas. Este año que se inicia repite el aviso en idéntica forma catastrófica. No obstante, ni se toman medidas para que los incendios no se reproduzcan, ni se pone coto a la peligrosa construcción de mechinales de madera, autorizando solamente la edificación de viviendas sólidas y confortables.

Rosario ofrece el desagradable espectáculo de un hondo malestar social

Desde hace algún tiempo, Rosario, la segunda ciudad de la República, es teatro de frecuentes y enconados conflictos del trabajo, que mantienen en el ánimo público una dilatada nerviosidad. Estos movimientos, por fuerza, han debido crear en los medios obreros un calamitoso agotamiento y una situación deplorable. Días y más días de paralización, que llevan aparejados el consumo de las paupérrimas reservas económicas y físicas, representan una pérdida incalculable que se proyecta por igual en la miseria de las familias obreras como en las finanzas colectivas.

¿Qué han hecho las autoridades rosarinas y el propio gobierno de Santa Fe por llevar la paz a esos hogares tan rudamente desmantelados? Nada. Siempre se espera la solución providencial, el cansancio o el agotamiento de las partes en lucha. Como ocurre habitualmente, la apatía criolla ha preferido que las cosas se remediasen automáticamente, aun sabiendo que los acuerdos entre patronos y obreros son siempre obra de las circunstancias y resultan incompletos.

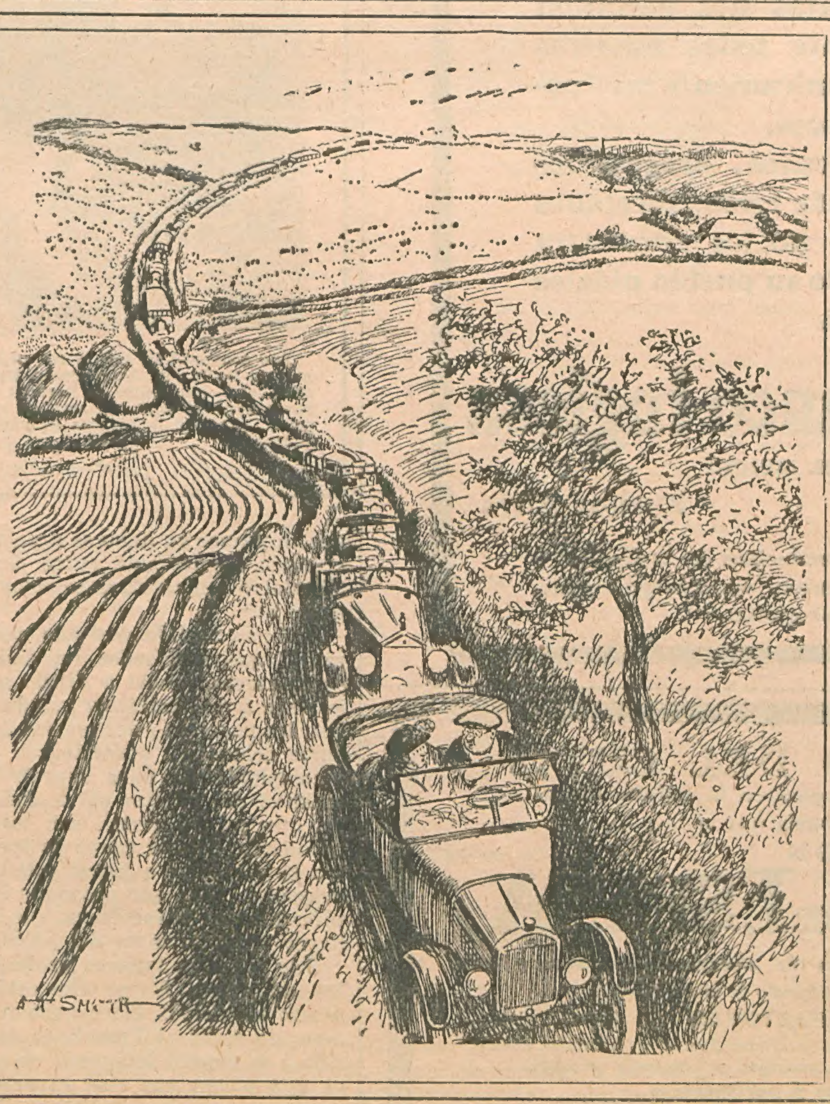
No es necesario advertir que ese malestar es totalmente nocivo para los intereses generales. Ni los obreros han de vivir sometidos al vejamen de los patronos, ni la economía y las finanzas de la importante urbe deben depender de rozamientos injustificados. La solución reside en una intervención ecuánime, que satisfaga ampliamente las justas pretensiones de los trabajadores.

Descaradamente, las empresas de autos-excursión explotan al público

A la vista y paciencia de las autoridades comunales, desapercibidas por comodidad o conveniencia, se efectúa en la Plaza de Mayo una explotación escandalosa del servicio de autos de excursión, o "bañaderas", como pintorescamente se denominan a esos armatostes que, habiendo obtenido la concesión municipal hasta Palermo, la amplían caprichosa y descaradamente hasta el Tigre, en virtud del provecho que suponen viajes más largos y, por ende, más costosos.

Se da así el caso de que el público, harto de esperar los coches que necesariamente deben recorrer el trayecto Palermo-Plaza de Mayo, se ven compelidos (porque así les interesa a las empresas complotadas) a ocupar los siempre renovados camiones, que sólo se dirigen a Olivos, San Isidro y Tigre, importando, por tanto, una erogación mayor y una pérdida de tiempo que, sólo por cansancio, consienten en sacrificar los que únicamente están dispuestos a efectuar el paseo hasta Palermo. Los coches que debían realizar este itinerario han sido, en su casi totalidad, suprimidos, para destinarlos a los viajes, naturalmente, más productivos.

En vano menudean las protestas del público. Las empresas no las tienen en cuenta, y de esa manera se perpetúa una explotación inicua, que debe terminar. La Municipalidad tiene que obligar a los empresarios a destinar el número suficiente de coches para satisfacer al numeroso público que, de otra manera, está sometido a las exigencias desmesuradas de unos cuantos aprovechadores.



—Oye, Leocadia: hazles señas a los que vienen detrás, que me he equivocado y voy a dar vuelta.

Con la cesantía se premia a los que pasan penurias en las Orcadas

Para dentro de breves días está dispuesta la salida de la Comisión Científica que por espacio de un año enterrará tristezas y alegrías en las desoladas latitudes antárticas. El grupo de esforzados muchachos que anualmente emprenden sus estudios en las Orcadas, cumpliendo un penoso y escasamente retribuido servicio a la meteorología, marchan, como siempre, animados del mismo espíritu de sacrificio que caracterizó a las misiones anteriores.

Porque sacrificio es, en definitiva, abandonar las comodidades de la civilización, los afectos familiares, las costumbres insustituibles de la gran ciudad, para sumirse en los hielos eternos, soportando las penurias y fatigas de doce meses de angustiosa estrechez, en continua vigilancia no exenta de inquietud y sordos a todas las palpitaciones del mundo.

Y todos ellos son jóvenes; muchachos heroicos que llevan la lejana esperanza de regresar al cabo de tan rigurosa prueba a que someten el carácter y las pasiones, para volver triunfantes, hechos hombres y expertos técnicos de la meteorología.

Es la suya una determinación noble y fecunda. En aquellas soledades abundan los peligros y las sorpresas taimadas de una naturaleza implacable. Sin embargo, no deja de acompañarles la fe en la recompensa final, que dicho sea de paso, no siempre se hace efectiva. Tenemos la prueba bien cerca: estos jóvenes que componen la comisión, habían sido declarados cesantes por el gobierno. Cuando esto no ocurre, lo más frecuente es que se les postergue y olvide, a pesar de los sacrificios padecidos.

Las comunas están entrampadas, pero los presupuestos crecen pavorosamente

Esta es la época en que los presupuestos comunales andan a la orden del día. De todas partes nos llegan anuncios de millones y más millones. Por pura desidia de los concejales, las leyes de gastos y recursos, en algunas municipalidades, no constituyen una novedad. Vuelven a imperar las antiguas, con los agregados dispuestos por "imperiosos" gastos de último momento.

Las restantes comunas han sancionado flamantes presupuestos, tan difíciles de seguir en lo que a aumentos se refiere, que no alcanzamos a comprender qué mágico progreso es el de nuestras ciudades, repentinamente elevado de cero a ciento. Y no es cosa de engaño que digamos. Cansados estamos de oír que los tiempos por que pasa la economía nacional no son de los más propicios para intentar despilfarros. Por todas partes escuchamos el trémolo que forman las quejas de agricultores e industriales acerca de la no muy holgada situación en que se debaten unos y otros.

No es menos desastrosa la realidad financiera de casi todas las comunas del país. Cuando no son empréstitos pesados, son vencimientos irreparables. En una palabra: se incurre en lo que con tanto tino censuran los economistas: el recargo de contribuciones que inciden sobre una generación que ha de padecer la carga, para que otras se beneficien.

El "pijama" y el balneario municipal

No hay época más propicia que el verano para las explosiones de la guaranguería callejera. Esto se nota especialmente en Buenos Aires, donde hay infinidad de espíritus demasiado expansivos, que no encuentran reparos, una vez dueños de las calles y de los paseos públicos, para hacer que su presencia no pase desapercibida. Los modales, el lenguaje y el vestido forman el bagaje indispensable para hacerse notar. Estos tres elementos guardan tan estrecha relación entre sí, que no se concibe el uno separado del otro. Porque así es, en efecto; el hombre que se pasea por los lugares públicos y viaja en ómnibus, en tranvía o en automóvil colectivo, ligeramente vestido con un saco de "pijama", se cree, por regla general, con el derecho de reír fuerte, de proferir en alta voz palabras soeces, de meterse con todo el mundo. El "pijama" es, en su origen, una prenda de la intimidad, y, trasladada a la calle, ha arrastrado consigo cosas que sólo se aceptan en familia. Cuando un hombre de "pijama" transpone los umbrales de la puerta de su casa, confunde al público con las personas con quienes convive. En tal forma, extiende sus afectos con una prodigalidad, que, a nuestro juicio, no es posible aceptar. Se dirige a ellas en la forma más familiar del mundo, les silba o les canta al oído, sin sospechar siquiera que puede resultar molesto. Pero es necesario que se haga algo para hacerle comprender que no debe portarse así; en primer lugar hay que obligarlo a que se vista más recatadamente cuando se muestra en público, y que no use de mucha familiaridad con los que le son desconocidos.

Hace algunos días el jefe de policía resolvió realizar una campaña contra el liviano vestido callejero, no precisamente contra el "pijama", que por desgracia parece ya haberse arraigado demasiado hondamente entre cierto público, sino contra otras prendas más ligeras aún.

Fué una medida acertada, pero ignoramos qué resultados ha dado, pues continuamos viendo a diario gente de la clase a que aludimos invadir las calles, los negocios y los medios de transporte colectivos, adueñándose de ellos y complotándose para impedir la tranquilidad del público culto. Felizmente, los que así se portan son los menos, pero basta que un grupo de tres o cuatro se disponga a hacer ostensible su presencia, para que provoque esas manifestaciones de incultura, que tan poco bueno dicen en favor del pueblo.

Hay también lugares preferidos por los guarangos. Entre ellos está el balneario municipal. Hace apenas una semana lo visitó el Presidente de la Nación y se mostró indignado de la forma en que visten sus más característicos concurrentes: los bañistas. Especialmente los domingos y días de fiesta invade nuestras barrosas playas gran cantidad de personas que gusta de sus delicias. Y, como en el resto de los sitios públicos, hay también quienes con sus actitudes, su lenguaje y su vestido, tratan de ahuyentar a los que honestamente quieren quemar su piel al rayo del sol y practicar las delicias de la natación, en idéntica forma que los felices veraneantes de Mar del Plata, Necochea o Montevideo. Nuestro primer magistrado se indignó, principalmente, por el vestido que adoptaba una gran parte de la concurrencia masculina del balneario municipal. Semidesnudos se paseaban delante de todo el mundo, sin que nadie los molestara. Ahora se ha hecho obligatorio el traje de baño reglamentado y completo. Pero es indispensable que se cumplan estrictamente las disposiciones adoptadas, se practique un control y una vigilancia policial severa, si no se quiere ver dentro de poco que las cosas degeneren de nuevo.

Y no es sólo en el recinto de los bañistas donde se ven cosas desagradables. La guaranguería y la indecencia también se pasean en automóvil, circulan por la rambla, concurren a los bares, utilizan los sitios de diversión del paseo de nuestra ribera. Contra todo eso hay que luchar. Pero ante todo se necesita una energía férrea. Las observaciones del agente, las recomendaciones de los carteles pegados en los muros, no surten efectos sólidos. Se requieren medidas de disciplina aplicadas con rigor. Uno, dos o tres días a la sombra tonifican el espíritu atravesado de cualquier gracioso y guarango callejero.

Hay que ir contra esas "patotas" de jovenzuelos que aprovechan su mala educación para propasarse con las damas, y contra esos ocupantes de automóviles que se recrean recorriendo la avenida Costanera bebiendo refrescos y arrojando las botellas al público. Cuando hayamos conseguido la eliminación de esos elementos antisociales, cuando hayamos obtenido aplacar las violentas expansiones de sus pobres espíritus, habremos conseguido un triunfo rotundo, sólo comparable a la más valiosa adquisición.

LOS VERGONZOSOS CONVENTILLOS



Los conventillos, que, como se ha dicho tantas veces, constituyen una vergüenza nacional, no acaban de desaparecer. En los barrios céntricos aún quedan muchísimos en cuyos cuartuchos inhóspidos se hacinan centenares de familias pobres, que viven en una repugnante promiscuidad, sin aseo, ni sol, ni aire, cosas estas tan indispensables para la buena salud. ¿Cuándo la piqueta demoledora echará abajo el último vestigio de esta gran vergüenza?

Confort. — para la "clase pudiente"!

Foto González Arrili

La tormenta

Dibujo de Pintos Rosas

Por **Luis L. FRANCO**



— Este... Oiga, Malvina... ¿Por qué tiene tanto a menos a los amigos?

UN tamaño nubarrón barroso se iba explayando, ya medio con ganas de emponchar todo el cielo, cuando el caballo de Juan Manuel, como por su cuenta, deja a un lado la huella del camino y se para bajo el tala petiso y copudo que entolda la entrada de una casita. Después de atar y manear su tordillo, el mozo entra tranqueando largo en el zaguán.

—¡Buenas!...

Un perro barcino, echado en el patio, levanta la cabeza y vicha de soslayo, casi indiferente, como cuadra ante un conocido que no llega a amigo.

— Buenas tardes... ¿No hay gente en la casa?

Alguien se destose adentro.

— Buenas tardes... Pase...—y una moza de ojos orgullosos concede una media sonrisa de acogimiento en su carita seria.

—¿No está su mama? — pregunta él tomando la silla que le ofrecen debajo del corredorcito que encinta una enredadera.

— No... Se ha ido reciencito aquí a lo de doña Clara, que está enferma.

—¡Ah, ah!...

Y Juan Manuel hace una pausa, medio turbado, sin duda, mientras ella fija a lo lejos esos ojos mentados, juntando un poquito las cejas.

—¡Qué calor!... ¿No?... —afirma él, quizá sólo por decir algo.

— Sí, mucho.

—¡Caramba!... Pero yo creo que la tormenta se va a descolgar cualquier rato.

—¡Ah, ah!

Y otra vez, como un testigo importuno, el silencio se mete por medio.

— Ve, María — ordena ella, al fin, a una mocosa que está medio escondida detrás de un pilar, — traé el brasero y la pava.

Y después de un "con su permiso", se levanta dirigiéndose al cuartito de al lado.

El mozo la sigue con la vista, mordiéndose los labios. Cuando ella, después que la chica ha traído la pava, vuelve con los avíos del mate que deja sobre una silla enana arrimada a la suya y se prepara a cebar el primero, siempre con los ojos bajos, como si el trabajito pidiese una atención profunda, Juan Manuel, que sabe ya bien a qué atenerse, dice tras de un esfuerzo:

— Estee..., oiga, Malvina... ¿Por qué tiene tanto a menos a los amigos?

—¿Yo? — pregunta ella, simulando asombro, alzando y bajando rápido la vista.

— Usté... Ayer, cuando volvía de misa, creo, con la *Rubia*... Ella me saludó, pero usté parece que iba muy distraída...

—¿Ayer?... ¡Ah!... — responde ella, alargándole el mate, y con un amago de desprecio o indiferencia en los labios. — No lo habré visto. Yo no le niego el saludo a ningún conocido.

— Así es... — apoya él, sopesando toda la intención que hay en esa palabrita "conocido". — Así es — agrega después de una pausa,—aunque hay veces que uno mira sin ver..., y eso será cuando no interesa ver...

— Eso lo ha'e saber usté mejor, por experiencia...

—¿Cómo? ¿Qué me quiere decir con eso, Malvina?...

—¿Yo? Nada...; pero me extraña que tenga tiempo de echar de menos un saludo cualquiera, cuando debe bastarle con los de su gusto...

—¿Con los de mi gusto?... Y ¿a qué viene eso? Vea si será... ¿Acaso usté no sabe que...?

— Yo no sé nada—lo corta ella, brusca.— Ni me interesa saber.

—¡Ah, muy bien! Esa es otra cosa. Si nada le importa de...

—¡Oh, sí!... Voy a desvelarme por gentes que no les interesa ni esto... de mí. ¡Bonita zonza sería!

— Pero, oiga, Malvina, ¿le han contado alguna cosa de mí?... ¡Por favor, dígame qué!...

— Nada..., nada... Allá en *El Rincón*...; ahí han de saber bien... A mí no me pregunte nada.

—¡Qué linda cosa! ¡Esto sí que está bueno! — se malhumora ya el mozo, y echando un fuerte suspiro de despecho, se da vuelta a mirar hacia lo lejos.

No es esta la primera vez que hubo entre ellos revuelos de esa laya. Ella es así, alegre y sin dobleces; pero, engreída de su querer, por el que penaron muchos, al ñudo quiere estar muy segura del que se lo ha ganado, Dios lo sabe, a fuerza de corazón y paciencia. Él es, de veras, mozo con todas las de la ley, y la Malvina le adivina clarito ese amor ancho como un amanecer que por ella lleva en el pecho... ¡Ah, si no fueran esas mentas de querendón y trompero que de él corrieron años atrás! Eso le ha salteado el sueño hartas noches, y cada vez que una sospecha viene a lastimarla, siente empañados esos ojos suyos, grandes como su amor, aunque ahogando su pecho sólo le muestre a él su indiferencia o su altanería, miedo y todo, es cierto, de jugar de más a esas dos cartas. Porque él es tranquilo y de buenos modos, pero duro de cejar cuando se empaca.

— Sí, muy bueno está... — replica ella después de un rato, — para usté, me parece... Yo no he creído. ¡Pero fué!..., ¡si así son todos!

—¡Pero, Malvina, no sea así!... ¡No se lleve de habladurías! ¿Qué le han contado? Vamos a ver...

—¡A mí no me han contado nada, porque yo no ando averiguando lo que no me importa!

—... Que h'estado en el baile e' los García... Y bueno, es cierto... ¿Y por eso no más van a...?

Pero ella que no escucha nada, dice como hablando consigo misma:

—¡Y yo como una buena pava cuidándome hasta de no salir ni a la puerta e' calle!... ¡Y esos son los juramentos de un hombre! — y remata tras de una pausa con voz ronca y estremecida: — Demasiado tonta he sido hasta ahora... ¡Oh, pero de mí no se va a reír nadie!...

Él palidece un poco y responde, al fin, pausado:

— Tiene razón. Y ¿cómo no? Hay que cuidarse de las aves negras — y hosco y reconcentrado, con la vista en un punto cualquiera del suelo, se queda mudo un largo rato, al cabo del cual, ella, muy al disimulo, se anima a mirarlo de reojo.

Él se levanta al fin, al parecer tranquilo — mala seña — silbando algo sin ruido...

— Bueno — dice, en efecto, con ademán de despedirse, cuando en ese instante el reventón de un trueno conmueve todo el valle.

—¡Santa Bárbara! — implora ella, llevándose las manos a la cara; y la chica suelta el llanto, mientras la lluvia se viene cielo abajo, de golpe...

....

La tormenta acaba de pasar. Fresquito el aire, hasta hacer cosquillas, y la tierra olorosa como un pañuelo de novia.

Allá, debajo del tala, Juan Manuel, que bolea la pierna a su caballo ganoso de la arrancada, se da vuelta a mirar por sobre el cerco unos ojos que han salido a despedirlo, dos ojos risueños como la dicha, capaces de marear otra cabeza más segura que la suya.

Humorismo ajeno

EL CUENTO CÓMICO

El gran contraste

Por Jorge DOLLEY

ALBERTO Iturralde — de la firma Iturralde y Compañía, importadores de casimires — estaba cómodamente sentado en un amplio sillón de su lujoso escritorio.

Un hombre de unos treinta años, de traje y calzado más que modestos, estaba de pie ante él dando vueltas nerviosamente a su sombrero.

— Señor Moldes — dijo Alberto, — lo siento mucho, pero no hay sitio para usted en mi casa de comercio. Mi amigo Berrini, que es quien lo recomienda, me escribe que está usted perfectamente educado, que han sido ustedes compañeros de colegio, que es usted muy instruído, que posee dos títulos, etc., etc.; pero no puedo admitirlo. Espérese... Se me ocurre una idea. ¿Quiere usted ganar dos mil pesos por sólo un mes de trabajo?

— ¿Y cuál será mi tarea?

— Voy a explicársela. Estoy invitado a pasar una temporada en la quinta de la familia Quejido. Los conoce, ¿no? A él le llaman el *rey de la manteca*. Tiene una fortuna inmensa y, además, una hija encantadora: Susana. Estoy locamente enamorado de la muchacha, y todo mi afán es casarme con ella.

— No comprendo en qué puedo servirle.

— Quisiera llevarlo conmigo a la quinta, para hacer resaltar mis méritos. Que usted se muestre torpe mientras yo obtengo éxitos; que fuera completamente nulo en los deportes y en el baile, mientras yo triunfo en ellos. En una palabra: que sea usted tonto, para que brille más mi inteligencia.

— Comprendo: servirle a usted de contraste.

— Justamente. Le ofrezco dos mil pesos por ello.

— Acepto.

— Si Susana me acepta, tendrá usted una gratificación. Partiremos mañana.

— Es que mi guardarropa...

— Usará usted mis trajes.

— Somos de diferente estatura.

— Mejor todavía. Como soy más alto y más grueso que usted, mis trajes le quedarán muy mal, y así resaltará más aún mi elegancia.

DESDE hacía tres semanas, Iturralde y Moldes eran los huéspedes de los Quejido.

Flotando en un traje de franela blanca, Moldes era la irrisión de las muchachas de la casa, y aun de las de fuera. Durante una excursión, Moldes casi había estrellado el auto contra un árbol, salvándose todos gracias a la sangre fría de Iturralde, quien, tomando el volante, había conseguido que escaparan de la catástrofe.

Durante las comidas, Moldes no abría la boca sino para comer; Iturralde recitaba epigramas y contaba anécdotas y chistes.

En resumen: el coro de invitados, dirigido por Susana, proclamaba que si Iturralde era un verdadero hombre de mundo, su infeliz amigo era la torpeza, la ridiculez y la tontería personificadas.

Aquella noche, una de las últimas que pasarían en la quinta, Moldes estaba poniéndose el smoking, cuando entró Iturralde.

— ¿Está usted contento? — preguntó Moldes. — ¿Represento bien el papel de contraste?

— Muy bien: mis asuntos van por buen camino; pero no me atrevo a declararme.

— Yo no hablo nada, para dejar que se luzca usted.

— Sí, sí; pero no basta. Necesito que diga usted tonterías enormes.

— Cuente usted conmigo.

— Perfectamente.

¿Quién puede comprender y explicar lo que pasa en un cerebro humano? Moldes se sentó a la mesa con la firme resolución de ser estúpido; pero Susana, aquella noche, estaba realmente adorable.

Un impulso de celos y de envidia echó por tierra los propósitos de Moldes. Quiso brillar, resplandecer, seducir a Susana.

Durante la comida expresó las ideas más grandiosas, más llenas de generosidad: citó a los filósofos y a los pensadores. A los postres, sin hacerse rogar, recitó poesías de los mejores clásicos, hallando acentos verdaderamente conmovedores. Una vez que pasaron al salón, se sentó al piano e interpretó de un modo admirable piezas de Chopin y Beethoven.

El pobre Iturralde recitó monólogos estúpidamente cómicos.

De pronto Moldes tuvo el sentimiento de su grave responsabilidad y, pretextando una jaqueca, se retiró a su cuarto.

— ¡Buena la he hecho! — se dijo. — No he cumplido con mi compromiso. Iturralde va a despedirme en el acto sin darme siquiera los dos mil pesos prometidos. ¡Y tendrá razón! Me he portado muy mal... ¡Pero la sonrisa de Susana me había hecho perder la cabeza!

Se abrió de pronto la puerta y entró Alberto.

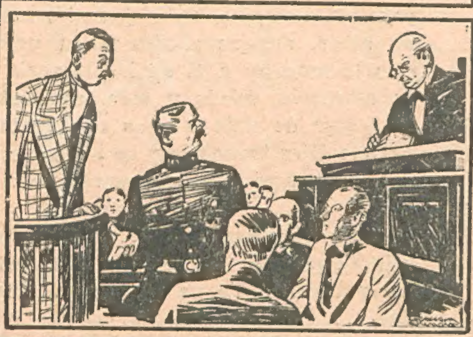
— Gracias, gracias... ¡Veinte millones de gracias!

— ¡Cómo! — balbuceó el otro, aturdido.

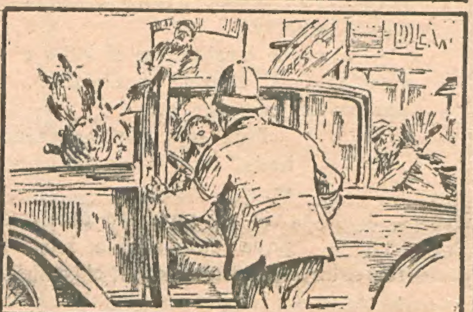
— ¡Susana me ha aceptado! Esta noche, mi querido amigo, ha llegado usted al punto culminante de la estupidez, de la tontería y de lo ridículo. ¡Qué cosas ha dicho usted durante la comida! ¿Y esos versos imposibles que ha recitado? ¿Y esa musiquilla insípida? En cuanto usted dejó el salón, todos los invitados se echaron a reír a carcajadas, y Susana la primera. Aprovechando esa disposición, le expuse mis intenciones, y... ¡soy ya su prometido!... Aquí le traigo un cheque por diez mil pesos...



— ¿Vamos al zoológico, nena?
— Sí, a condición de que después vayamos al cine.



— ¿Había signos de embriaguez cuando fué arrestado?
— Sí, señor; se había parado con el auto en la plaza de Mayo y quería que la Pirámide pasara por su derecha.



— ¿Tiene usted alguna idea, señora, de por qué levanto la mano?
— Ni la más mínima! A veces lo hago yo también.



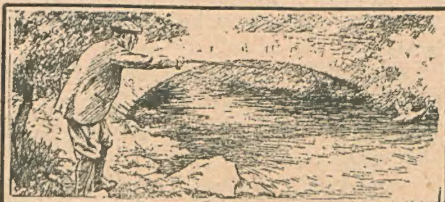
— ¡Que naufragio! ¿Eh? ¿Se da cuenta?
— ¿Naufragio? Mi periódico no habla nada de eso. ¿De qué fecha es el suyo?
— De 1910. Es con el que me envolvió mi esposa la comida.



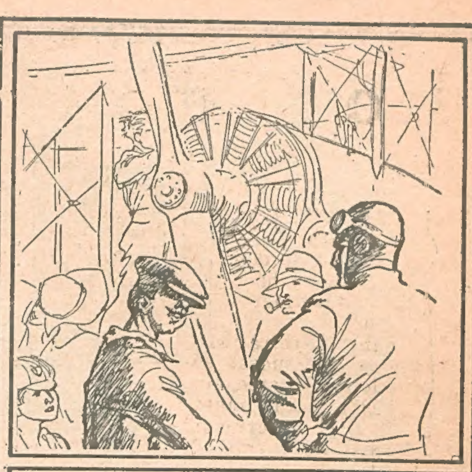
— Esté absolutamente seguro, joven amigo, que no tiene nada.
— Siento haberle hecho perder el tiempo. Tal vez usted encontrara alguna otra cosa.



— Veo que te has portado bien con esa señora de la trompetilla acústica.
— ¿De la qué?
— De eso que tiene para oír.
— ¡Y yo que creía que era para echar los carozos de ciruela!...



— ¡Oiga! Nada de bañitos ahí; ésta es una propiedad privada.
— ¿Bañitos? ¡Si sólo me estoy ahogando!



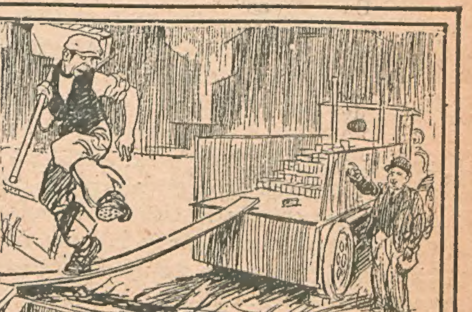
— Dígame usted: ¿para qué demonios es la hélice?
— ¿No se da cuenta? Para darle aire al piloto.



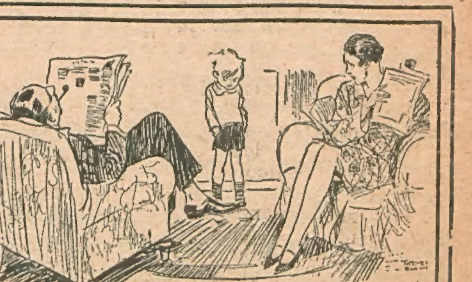
— ¿Bizcochos para perros? ¿Qué es esto? ¿Una tentativa de revolución estomacal?
— No supondrás que porque se haya muerto el perro, vamos a desperdiciar seis cajas y media que tengo guardadas...



El ladrón (sorprendido infraganti). — ¡Debía usted haberle dado cuerda al reloj, hombre!



— ¿Por qué cruzas la tabla saltando con una sola pierna?
— Porque creí que la tabla no resistiría si pasaba con las dos.



El pibe aburrido. — Pienso retirarme de la casa. Les agradeceré que me ayuden a empaquetar mis cosas.

De Punch y The Humorist

Los dos claveles

Por Amado NERVO

ANTONIA y yo nos conocimos desde la infancia. Ella era hija de don Basilio, administrador hacía muchos años de las numerosas fincas urbanas de mi madre.

Era una muchachita sencilla y afectuosa. Me quería de tal suerte, que se hubiera dejado matar por mí. Yo, con crueldades nacientes, gustaba de atormentarla.

En cierta ocasión, ésta que yo llamo crueldad infantil, por no hallar en mi reducido léxico otro nombre que le cuadre, me condujo hasta la barbarie. La madre de Antonia planchaba una camisa de don Basilio en el comedor, a la hora de la siesta. Acababa la criada de traerle una plancha retiradita de las brasas, cuando vinieron a decir a la señora que alguien la llamaba con urgencia. Dejó la plancha verticalmente sobre la mesa, y fué a ver qué le querían. Yo, que jugaba en un rincón, inspirado por una idea diabólica, dije, de pronto, a Antonia, que vestía una muñeca ahí cerca:

—Si me quieres, quémate un dedo en esa plancha.

La pobre criatura me miró con sus grandes, con sus enormes ojos desolados.

—¿"Cuánto vas" a que lo pongo de veras? —me respondió por fin, entre resuelta y medrosa.

—A ver...

Y lo acercó, en efecto, con resolución a la ardiente superficie de aquel hierro, y lo mantuvo allí por dos segundos.

Luego retiró, lanzando un leve grito, su dedo ampollado, justamente a tiempo que volvía la señora.

—Pero, hija, ¿qué has hecho? —exclamó ésta al ver que la criatura sacudía, llorando, la mano atormentada.

Yo temblé, presintiendo una represión de la pobre madre. Estaba avergonzado de mi conducta. Pero Antonia se limitó a decir con vocecita dolorida:

—Me quemé por un descuido, mamá.

—Ven —dijo ésta, —ven a que te ponga un trapo untado en aceite.

Y cuando la niña volvió con su dedo vendado y se me acercó entre satisfecha y llorosa, yo, con la voluptuosidad compasiva de que ya he hecho mérito, la cubrí de besos.

En aquel momento la adoraba...

MI madre me envió a estudiar a un colegio de los Estados Unidos, y no volví a Méjico sino siete años después.

Una tarde, don Basilio vino a decir a mi madre que en su casa me habían preparado una comida a la mejicana, compuesta toda de aquellos platos que eran en otros tiempos mi delicia.

Me encontré —y esta fué la impresión capital de mi visita, —con una Antonia muy bella. Dicen que no hay diez y ocho años feos; los diez y siete suyos hiciéronme olvidar por completo el futuro menú nacional, con todas sus promesas.

Tras de una breve conversación en familia, Antonia y yo nos retiramos a uno de los balcones, y empezamos a desgranar el prestigioso rosario azul del "¿te acuerdas?..."

La luna, en su primer cuarto, se desplomaba en el abismo. La respiración suave de las macetas nos envolvía.



...Antonia se había casado y tenía tres hijos.

Nuestros espíritus experimentaban un bienestar inefable impregnándose misteriosamente de aquella resurrección del pasado.

Antonia había cortado un clavel y puéstolo entre sus labios, y mordía con sus finos dientes azulados el tallo de la flor.

—¿Te acuerdas —me dijo Antonia entre dientes —cuánto te gustaban mis claveles? Muchas veces despojaste esta pobre macetita, que no ha dejado por eso de darlos, cada día más bellos.

—¡Qué bien huele ese que tienes entre los labios! —le respondí.

Y lentamente, tímidamente, acerquéme para olerlo, y aspiré su esencia al par que el perfume de los diez y siete años, que se exhalaba virgen, poderoso, por la entreabierta boca en flor..., y como mis labios estaban tan cerca de los pétalos, y como los pétalos estaban tan cerca de sus labios, no supe cómo, no advertí con qué maquinal impulso besé el clavel y los labios...

....

Fuíme a ver a mi madre, y le dije:

—Mamá; yo no quiero ir ya a Europa, yo no quiero ser ni médico, ni ingeniero, ni nada... Lo que quiero es casarme con Antonia.

Mi madre se echó a reír con una risa nerviosa que me desconcertó en absoluto, y pasado este momento de hilaridad, la escena cambió por completo con un "¡Pero tú estás loco, pobre hijo mío!" Al cual siguió el viejo razonamiento de rigor, el asendereado estribillo de "la desigualdad de educación", rociado con lágrimas, con reproches, y, por último, insinuantes confidencias acerca de una muchachita muy buena, muy distinguida, muy linda, hija de una vieja amiga de infancia (naturalmente), que me quería y con la cual me casaría a mi regreso.

Inútil me parece decir que mi madre me convenció bien y pronto, y que un mes después, sin haberle dejado a Antonia de mí más que la mitad de aquel beso compartido entre el clavel y sus labios, partí para Francia.

TORNÉ al cabo de seis años, y supe que don Basilio y su esposa habían muerto, que Antonia se había casado y tenía tres hijos. Mi madre la había apadrinado. "Sólo que, según sus palabras, no había tenido buena mano."

—Figúrate —añadió —que su marido bebe, bebe mucho desde hace dos años, y ella está muy enferma, tiene un tumor, dicen que canceroso... Si no fuera por mí, la hubiera matado el hambre antes que la enfermedad.

Confieso que al oír a mi madre, sentí un poquito de remordimiento.

Pocos días después de tal conversación, una mañana, un chiquillo de cuatro a cinco años de edad, muy pobremente vestido, subió como un relámpago la escalera.

Yo hice un movimiento de sorpresa, al que él respondió, pálido y cortado el aliento, diciéndome:

—Vengo a buscar a la señora.

Mi madre había salido.

—Volverá tarde —respondí. —¿Qué le querías?

—Mamá sigue mala y desea verla.

—Y, ¿quién es "mamá"?

—Mamá Toña, mamá Toña...

Comprendí, y si no lo hubiera comprendido, habríanmelo dicho aquellos ojos aterciopelados, llenos ahora de una honda pena: ¡los mismos ojos de Antonia!

—La señora vendrá tarde —indiqué al niño, y movido por repentina piedad, añadí: —Pero dile a tu mamá que yo, Francisco, iré a verla en cuanto me vista, de aquí a una hora. ¿Dónde viven?

—Donde siempre —replicó el niño con sencillez.

LA misma vivienda clara y amplia. Al entrar me chocó, empero, cierto desorden en la casa, cierto abandono, cierta desolación. En el comedor, primera pieza que atravesé, el marido de Antonia, alcoholizado, roncaba estrepitosamente. En la salita, casi vacía, una muchacha indígena mecía en sus entecos brazos a una criatura ética, que berreaba a grito herido.

Yacía Antonia en un pequeño catre. Me sonrió con una pálida, y dijera yo, "otoñal" sonrisa, y me indicó una silla.

—¿Cómo estás? —me dijo; —¡qué grande has vuelto! Tenía muchos deseos de verte, pero me daba pena escribírtelo... Yo estoy muy enferma... muy enferma... Sabrás que me casé. Mi marido era al principio muy trabajador y muy bueno; pero los amigos lo han perdido. Ahora es incorregible, bebe sin cesar. Tu mamá, que ha sido mi providencia en la tierra, me ha prometido que lo pondrá en un asilo, a ver si lo curan. Ya tiene un principio de "delirum tremens". Desde mi último niño no he quedado bien, y no puedo levantarme sino con dolor y fatiga, con mucha fatiga. No creas, tengo miedo ya de no aliviarme. Es una enfermedad "de la cintura" la que he contraído; puede ser que un tumor. No tengo fuerza para nada...

Y todo esto lo monologaba más que lo refería, con la misma voz lejana, igual, velada apenas por una sombra de dolor. Ya no pretendía resucitar ni evocar siquiera el pasado; había abdicado de todo, de su hermosura, de su juventud..., hasta de sus recuerdos quizá, y sus ojos decían que ya no esperaba nada, que ya no quería nada, que no tenía reproche alguno que hacerme ni que hacerle a la vida y que sólo pedía un poco de pan y un poco de piedad para sus hijos.

Mi vieja misericordia se derramó sobre mi espíritu como agua clara, y humedeció mis ojos con dos lágrimas..., que procuré ocultar. Tomé dulcemente la mano de la enferma, aquella pobre y pálida mano, en uno de cuyos dedos se notaba aún la cicatriz de la quemadura de antaño, y acariciándola, le dije:

—Tranquilízate, Antonia, ya nada te faltará..., ya nada faltará a tus hijos.

(Continúa en la pág. 10)

El Centauro

Por Margot GUEZURAGA

¿Quién va en la noche siniestra
por el llano,
cara a cara la tormenta
sin más luz que los relámpagos?
¿Quién va en la noche siniestra?
¡El centauro!

¿Quién se confunde en la som-
¿Quién es el jinete osado [bra?
que no le teme al pampero
desatado?
¿Quién va en la noche siniestra?
¡El centauro!

¿Quién recibe en pleno rostro
el lívido latigazo
de la bárbara tormenta
que conmueve todo el llano?
¿Quién va en la noche siniestra,
poncho al brazo,
sobre las ancas del bruto
dormida serpiente el lazo,
entre la vaina, la lengua
del acero bien templado?...
¿Quién va en la noche siniestra?
¡El centauro!



Curiosidades, rarezas y extravagancias

SIEMPRE han sido las ostras un manjar predilecto de los gastrónomos. Entre los más célebres comilones de ostras se cita al emperador Vitelio, que las comía cuatro veces por día, devorando cien docenas cada vez. De este modo Vitelio comía por sí sólo, en un año, más ostras que una ciudad entera.

Los indios de América del Sud usaban una droga para enardecerles antes de entrar en combate. La extraían de unas lianas que crecen sobre los árboles y cuya preparación se hacía con un ceremonial muy complicado, en el que no podía intervenir ninguna mujer. Si alguna representante del sexo débil la presenciaba por inadvertencia o curiosidad, era inmediatamente sacrificada, sin asomo de piedad. Suponían que tal droga, suministrada a un cobarde bastaba para volverle temerario y de valor sobrehumano.

La costumbre de tragar el humo, tan general entre los fumadores, tiende a apresurar la degeneración física. La cantidad de veneno que lleva consigo pasa directamente de los pulmones a la sangre. Produce, entre otros males, el endurecimiento de las arterias y la angina de pecho.

Actualmente no hay nación ni tribu que no pueda leer la Biblia en su propio idioma. Tal es el considerable número de traducciones hechas de ese libro.

El bocio llamado también coto, común entre algunos habitantes de nuestro país, es un tumor ocasionado por el desarrollo anormal de la glándula tiroides. Aunque se atribuye al uso de ciertas aguas, su causa no está bien determinada, pues lo lo mismo se ve esta enfermedad en los valles profundos, como en las minas, en los terrenos húmedos como en las montañas.

Llaman "corcova", en Bolivia, al día siguiente al del onomástico y se celebra con toda fiesta, como el día precedente. El vulgo cree que si no se realiza tal prolongación, sale una "corcova" al interesado o al compadre que corrió con los gastos de la fiesta.

El veneno de la víbora cascabel parece ser un virus rábico que en pocos minutos acaba con la vida del animal. Los indios usan como antídoto, polvo de diente de caimán almizclado, disuelto en un poco de agua.

Todos conocemos los sabrosos quesos de Tafí que se fabrican en Tucumán. Fueron los jesuítas quienes inventaron la fórmula de su preparación con el éxito ya sabido.

El floripondio es una planta esencialmente americana. Suele decirse que es la "enamorada de la Luna", por cuanto exhala su mayor fragancia en la plenitud de nuestro satélite. Con el tiempo, este olor es dañino, pues si es prolongado, ejerce influencia sobre el sistema nervioso, debido a un alcaloide que contiene. Sus efectos son idénticos a los de la atropina que se saca de la belladona.

Los elefantes, aun en estado salvaje, muestran notable disposición para el baile. Los viajeros de la India cuentan que suelen verse en los bosques elefantes que se reúnen con frecuencia, para ejecutar a la luz de la luna, ciertas evoluciones que tienen mucho de coreográficas.

En una de las grandes fábricas de Chicago, donde trabajan cuatro mil personas, se encuentran representantes de veinticuatro naciones distintas y los reglamentos están impresos en ocho lenguas.

El primer hombre de raza blanca que vió un bisonte americano fué Hernán Cortés. Lo encontró entre las varias fieras que se guardaban en el Jardín Zoológico de Moctezuma.

Entre las diversas supersticiones del indio canadiense cuéntase la relativa al alce. Este animal constituye para ellos una verdadera obsesión. Creen firmemente que un hombre alimentado con la carne de alce, llega a correr tres veces más de prisa que otro hombre sustentado con otra carne cualquiera. De aquí que hagan lo indecible para conseguirla.



El deporte de la equitación se ha desarrollado tanto entre la aristocracia británica, y especialmente en la mujer, que muchas de ellas cuidan personalmente del buen estado de la montura de sus caballos. Estas señoritas poseen un stud de veinte caballos, con algunos de los cuales han obtenido premios en viarios torneos hípicos

---

Tabú, en polinesio, significa, propiamente hablando, lo que se substrae al uso corriente. Un árbol que no se puede tocar ni cortar, es un árbol tabú y se hablará del tabú de un árbol para designar el escrúpulo que detiene al que siente la tentación de llegarse a él o derribarlo.

La yerba mate crece con bastante rapidez. Un agricultor que siembra mil plantas tendrá, a los cuatro o cinco años, de dos a tres arrobas de yerba por cada una. Muy poco productos dan tal margen de utilidad.

El vistoso churrinche que alegra la campaña argentina, hace su nido valiéndose de las finísimas telitas que los insectos tejen en acacias y árboles espinosos. Su vuelo es rápido y recto como el de la alondra. En el campo de Buenos Aires existe la superstición de que este pájaro no bebe agua. Pero tal cosa no es verdad.

Cuando se pasa sin las precauciones necesarias la cordillera de los Andes, en los puntos donde hay nevadas, se contrae una enfermedad que se llama "surupí". Se manifiesta en forma de inflamación de los ojos, producida por la sutileza del aire, el frío y la blancura de la nieve. Se evita con el uso de anteojos ahumados o de color.

Cien pesos el kilo suele pagarse en Buenos Aires por las plumas de mirasol. Esta especie de garza abunda en las lagunas de nuestro país y debe su nombre a la costumbre de permanecer en la orilla de las aguadas, con el pico levantado mirando al sol.

Completamente desconocido es el anillo de compromiso en el Japón. El prometido ofrece en su lugar a la joven elegida, un hermoso cinturón de seda. La riqueza del novio puede deducirse del valor de esta prenda que, a veces, representa el de una costosa joya.

BOCETOS PORTEÑOS

Así decía el zorro...

Por Goyo ARROYO

JUNTO a una pila de tarritos de extracto de "vero pomidoro", las cejas revolucionadas, los bigotes boscosos y las uñas luctuosas de don Sandro, hacen guardia.

—Nas tardes, don Sandrino. ¿Cómo le va yendo?

—Bona tarde, misia Dubique. ¿C'anda'ciendo?

—Aquí vengo por unas cositas, pues, don Sandrino... Digo, si usté, qu'es tan bueno...

—¿Ya me te viene con lo fiadito, doña Dubique? Tamo a l'ocho del mese...

—¿Y qué quiere hacerle, ni anque sea el sais... si no pagan? Los diputaos están discutiendo y mientras ellos discursean las pobres pensionistas tenemos que recurrir a los buenos amigos... Hoy mismito se lo estaba diciendo a la nena.



—¿No le dije ya qu'stedes los gringos son la mar de cachafaces?... Mire con lo que sale, tentando mi amor de madre anegada.

—¿A la Lobisa?

—A la Elóisa, sí.

—Hace tiempo que no se le vede lo rolito por lo negocio, a so niñas.

—Oh, ¿y para qué quiere que se la mande?... ¿Pa encandilarmelá con las cosas que me le dice?

—Candilarmelá..., candilarmelá... De candilar e ella que candila... con cuel'ocos que tiene sobre la cara.

—Lindos ojos tiene, mejorando lo presenté... pe'ustedes los gringos son de cachafaces, como mandaos hacer.

—Yo no sé si somo cacha... así comosté dice, pero la mochacha, linda e linda. E ella lo sabe.

—Qué v'a saber, la pobrecita, si d'inocente qu'es, cada vez que se la mando a comprarle algo se me va todi'asorada repitiendomé lo qu'sté li ha dicho.

—E de novio, ¿no tiene novio?

—Pero don Sandrino, no le'stoy diciendo que's la mar d'inocente?

—Porque gustarme, me gusta, ¿sabe?

—Así decía el zorro, aguaitando las uvas. Per'usté sabe que una es pobre y aporriada por la vida, pero no por eso ha dejao e ser honrada, ¿no?

—Ma pero, anque io sono una brava persona...

—Y uno tiene, anqu'esté mal el decirlo, sus pretensiones.. P'algo es d'esta tierra, uno..., porque si uno no es algo en su propia casa, ¿ande lo v'a ser uno?

—Quiaro, quiaro... Ma, dica, nomá, cuelo que piensa..., perque, ¿sabe?, io hago lo armacinero, ma pero..., como si dice, anque tengo un coranzosito dentro de lo pecho.

—Usté sabe que tengo un muchacho de diez y sais años, Nepomuceno, que quier'estudear, ¿no?, y que si Dios me da juerzas y la suerte me ayuda no lo he de dejar con las ganas.

—¿E de qué quiere enseñarse lo mochacho?

—El dice que de dotor, de médico, ¿no?..., qu'es lo que da plata, dice, porque enfermos, pa suerte de unos y desgracia de otros nunca faltan.

—Mire misia Dubique eso e una macana. Todos lo mochachos quiere enseñarse de médico, e yo digo: ¿dónde te ne vano a encontrare tanta crientela, cuestos mediquitos del ánima mía? A cuesto paise, cara siñora, lo animale son piú abondante que la quente... bisoña entonce, farse médico de la animale.

—Veterinario, cristiano.

—Ecco. Proprio... Entonce... Bene... Se osté me da la mochacha, hacemo médico de la bestia a lo Nepomuceno. ¿Qué te parece?

—¡Pero, Ave María, don Sandro!... Usté me larga las cosas tal y como estuviera cambalacheando mercadería.

—Ma, cara mía siñora... Un armacinero e una armacinero... A cuesto uficio il pane si chiama pane e...

—Y al agua sucia le yaman vino... de sabido hasta olvidao lo tengo... Pero aún así y todo... A mi Elóisa no me la puede tratar como si juera un'arroba 'e jabón amarillo, pongo por caso.

—E boeno, la tratemo entonce, si te parece, come lata de cayetita Lola, que e ma fino..., ma pero no me s'orvida que cunto a la lata de cayetita, te pongo lo títolo dottorale de lo mochacho.

—¿No le dije ya qu'stedes los gringos son la mar de cachafaces?... Mire con lo que sale tentando mi amor de madre anegada.

—E pongamo anque que cuesto asunto de lo fiadito s'acaba por siempre amén..., porque esto gringo no v'a permitire que la mama de la esposa de él me te vaya co la chancleta chercando lo bolichero que me te le quiera hace lo fiadito...

—Pero si es un mandinga en pinta, usté, don Sandrino, por lo tentador...

—Osté ma la parla despacio despacito a la chicas, ¿sabe? E coando está listo yego io e vamo a comprare lo moeble e la roba... Ma pero, que no me vay'a salire por cualuncue'esquina argún cumpadrito creoyo que me ne copa la banca, ¿eh?

—Pero, hijo, permitamé que le dé dende ya el trato cariñoso d'hijo, ¿por quién me toma? La muchacha es suya, digo su esposa legítima ante Dios y la lay de los hombres, como que me yamo Eduviges Sufriategui, viuda del sargento 'e línea Ustaquio Urquiola.

—Macanudo, cara mama política... E para que vea que no se l'entra a la famiglia un pelagato volgare, cuesta misma tarde te mandaré una boena canastra de artícolo del armacín, que te alcansará para todo esto mes e il que viene...

—¡Así me gusta óir hablar!... No, si es lo que siempr'he dicho..., más vale un estranjis que te hable en cocoliche, pero que diga cosas sustanciosas.... que un crioyito d'esos que se güelven puro palabrerío... porque, y en esto solíamos estar de acuerdo con el finao Ustaquio, qu'en gracia...

Doña Eduviges no pudo agregar el final al párrafo, porque la aparición de su Eloísa, acompañada de un "crioyito d'esos que se güelven puro palabrerío", se lo impidió.

La chica toma la palabra y dice:

—Mama: le voy a presentar. Gumersindo Gómez, mi novio.



Los dos claveles

(Continuación de la pág. 7)

Hoy mismo te enviaré un médico; mi madre te traerá todo lo necesario.

—¡Dios te lo pague, Francisco, Dios te lo pague!... —añadió la enferma.

Y de pronto, como movida por una súbita y delicada inspiración:

—Mira, Carlitos —dijo al niño,— abre el balcón y corta un clavel de la maceta, para el señor. Todavía ayer los regué—agregó, dirigiéndose a mí,— en un momento en que pude levantarme...

"Son de los mismos..."

Volvió el niño con la flor, y ella la tomó, hizo que me acercara, e incorporándose con pena, la prendió en el ojal de mi levita.

Después, como para defenderse de la emoción, atrajo a su pecho la cabecita de su hijo, murmurando aún:

—Hasta lueguito; que Dios te lo pague.

Y escondió su rostro entre los rizos pálidos del niño, mientras yo me alejaba lentamente...

La risa

Por Rafael Barrett

SE nos fué la risa de los niños, la risa de los dioses; ya no desborda nuestra alma, y nos tortura la sed. La música de la risa se cambió en hipo; se cambió en mueca la onda pura que resplandecía sobre los rostros nuevos. La risa ahonda nuestras arrugas, y revela mejor nuestra decrepitud.

La risa noble se volvió alevosa. El signo de la alegría plena se convirtió en signo de dolor. Si oís reír, es que alguien sufre. Hemos hecho de la risa una daga, un tósigo, un cadalso. Se mata y se muere por el ridículo. Nuestro patrimonio común parece tan ruin, que el poder consiste en la miseria ajena, y la dicha en la ajena desventura. Nos repartimos aviesamente la vida, y nos reconforta la agonía del prójimo. Náufragos hambrientos, apiñados sobre una tabla en medio del mar, nos alivia el cadáver amigo que viene a refrescar las provisiones. Entonces reímos, enseñando los dientes.

¿Dónde están las carcajadas que no rechinan y rugen y gimen, las que no hacen daño?

Es cómico perder el equilibrio, caer y chocar contra la realidad exterior, que, cómplice de los fuertes, siempre se burla. Por eso el justo es risible: ignora la realidad, ya que ignora el mal. Por eso no es digna de risa la doblez, sino la confianza: no la crueldad, sino la blandura de corazón. Un loco malvado no será nunca tan grotesco como un loco generoso. ¿Quién lavará el celeste semblante de Don Quijote, escupido por las risotadas de los hombres? También los hombres se rieron de Jesús, y le escupieron.

Aunque no sea más que en efigie, el público necesita risa, necesita sangre. La risa es casi todo el teatro.

Y siendo el dolor de cada uno el dolor de los demás, manifestado fuera de ellos, la risa universal es un quejido. Escuchadla bien, y descubriréis en ella los espasmos del sollozo. No hay mayor amargura que reírse de sí mismo, y esto es a lo que cualquiera risa se reduce. La risa llora y maldice. Es la convulsión del animal enfermo, el aullido de pavor ante el desastre. Es la rebelión contra la fatalidad de haber nacido; así la risa, ensuciando la fuente del amor, ha inventado la obscenidad y ha degradado nuestros cuerpos; ha deshonrado el deseo y ha hecho de la reproducción un espectáculo bufo.

Y es preciso reír, hasta la muerte y hasta de la muerte. Mal necesario, al realizarse desaparece. Riamos para limpiar de nuestro espíritu el júbilo salvaje, y para marchar serenos hacia nuestras víctimas.

JAMÁS NINGUNA REVISTA DEL PAÍS HA ALCANZADO LA CIRCULACIÓN DE "MUNDO ARGENTINO"

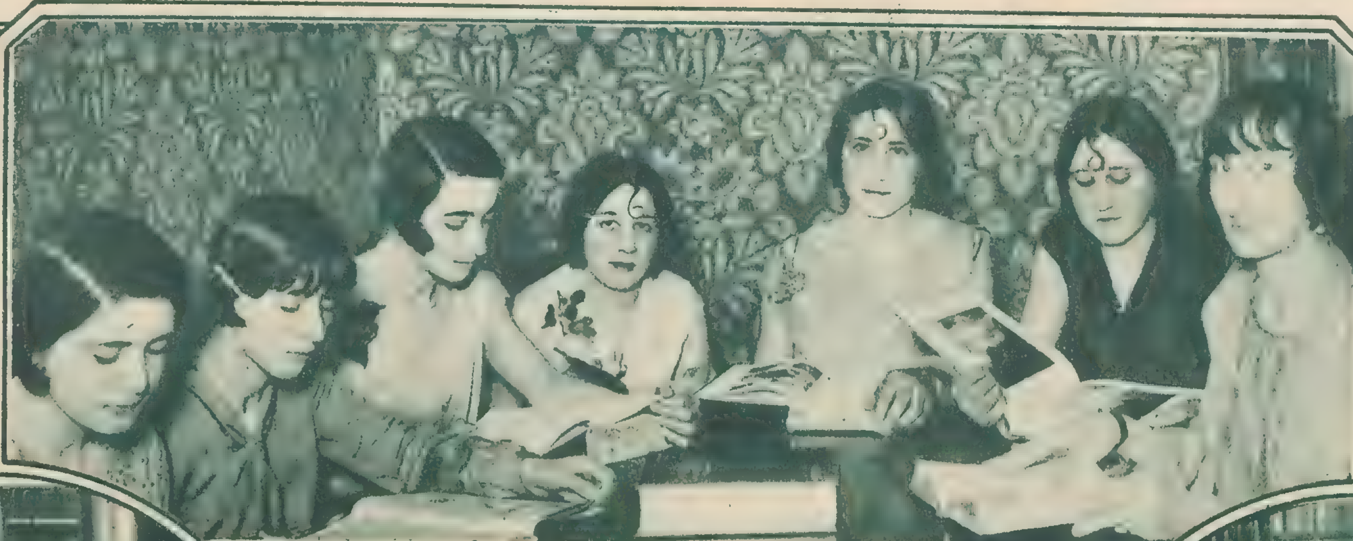
La obra cultural de las Bibliotecas Municipales

Lo que el pueblo lee. - De Lenin a Salgari. - La concurrencia infantil. - El escritor nacional más leído: Ricardo Güiraldes .- Los poetas tienen poca clientela

Por **Juan MARTINEZ ALCORTA**

LAS Bibliotecas Municipales, creadas a iniciativa del ex concejal doctor Ángel G. Gallo, realizan una obra de cultura popular silenciosa y fecunda. Su programa puede sintetizarse en un axioma: hay que acercar el pueblo al libro.

Hasta la fecha funcionan tres: la central, "Miguel Cané", en Independencia, 3895; la "José Mármol", en Vírgenes y Añasco, y la "Ricardo Güiraldes", en la recova de los Mataderos; además, seis quioscos instalados en los parques más concurridos de la capital.



En este grupo de lectoras de la biblioteca "Miguel Cané" el observador encontrará desde la admiradora de Ibsen, que "quiere vivir su vida", hasta la que hojea revistas de modas



Este es un criollo puro de los Mataderos que, sin abandonar sus herramientas de trabajo, lee "La Guerra Gaucha", de Lugones



El agente Ángel Lima, con treinta años de policía. Sirvió en la conquista del desierto, a las órdenes del general Roca. Hoy entretiene sus ocios leyendo en la biblioteca de los Mataderos

La clientela infantil de la biblioteca "Mármol" en pleno viaje por el reino de las hadas, los piratas rojos, negros y de todos colores

Fotos Martín Gonzáles

Hemos visitado las tres bibliotecas y conversado largamente con sus directores, hombres cultos, pacientes y tesoneros, que no limitan su labor a entregar los libros que se les solicitan, sino que se empeñan por todos los medios en atraer al lector reacio y dar confianza al tímido para que se sientan en la biblioteca como en su casa y entre los libros como entre amigos sabios y entretenidos. Tal es el entusiasmo que ponen en que la gente lea, que no nos extrañaría verlos a la puerta de sus bibliotecas atrayendo lectores, como lo hacen los lustradores de calzado con su clientela, a gritos:

—¡Aquí, pase, señor, lectura buena y gratis! ¡Entre, y no se arrepentirá!

Pero no es necesario, pues el público — en su mayor parte obreros, muchachas y niños, sin contar los estudiantes, clientes naturales — ha respondido ampliamente al mudo llamado de los libros. ¿Qué se lee? De todo. Un treinta por ciento de los libros solicitados son textos escolares; otro treinta por ciento, obras científicas y manuales de artes y oficios. Las Bibliotecas Municipales poseen todo lo que sobre esos temas se ha publicado, en castellano, hasta la fecha — y el cuarenta por ciento restante lo integran los libros recreativos; novelas, poesías, teatro, cuentos, etc.

Cada una de estas bibliotecas tiene un público, que, aunque de gustos parecidos en las líneas generales, se diferencia en los matices. En la central, las novelas más solicitadas son las de Dumas (padre), Carlota Braemé, Carolina Invernizio, los cuarenta y tantos tomos de "Rocambole" las obras de Manuel Gálvez, Julio Verne y el inevitable Salgari. Se piden también, con gran insistencia y siempre por el elemento femenino, las grandes novelas popularizadas por el cine. "Los Miserables" se leen como en los mejores tiempos. El libro más leído es el "Martín Fierro", de Hernández. Los tres ejemplares de que dispone la biblioteca bajan y suben a los estantes sin descanso. En cambio, los poetas modernos argentinos duermen en el olvido o el desconocimiento, y los poetas, en general, gozan de pocos lectores.

A esta biblioteca concurre un cliente, cuyo curioso sentido del humorismo no hemos podido desentrañar. Es un boliviano ya maduro, vendedor ambulante de empanadas y "medio médico", según dicen en el barrio. Diariamente pide el Código Penal, y ha habido que llamarlo al orden por su estrepitosa hilaridad. ¿Qué fuente insospechada de gracia fluye para él de las severas penas que allí se detallan y que con tanta seriedad redactaron los padres de la justicia? Misterio, pero el hombre se ríe del código como si estuviera viendo trabajar a Parravicini.

La principal concurrencia de la biblioteca "Mármol" la constituyen los niños. Morenas cabecitas criollas y rubias de rusitos se inclinan con igual interés sobre los cuentos de Andessen y Grim. Y así, de la mano de las hadas, entran los niños suavemente en el mundo de los libros. He visto allí el espectáculo emocionante de un niño de siete años deletreando, con la ayuda del dedo, los sublimes versos de la "Ilíada". Y a su lado un italianito, recién llegado, se esforzaba en aprender castellano en los "Recuerdos de Provincia", de Sarmiento.

Los autores clásicos: Cervantes, Shakespeare, Dante, Calderón, Homero, y los rusos modernos, con Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Heredia, France, Ibsen, Musset, Verlaine y Galdós, son los más leídos. Claro está que ninguno goza de tanto favor como Julio Verne y Salgari. Y a propósito de Salgari, vaya una anécdota que nos contó el bibliotecario.

Un día irrumpió en la sala de lectura un ciudadano singular, con ese aplomo del que se cree con excesivos derechos a las cosas públicas. Alto, magro, de raída vestimenta negra, chalina, melena, gran chambergo y gesto patético. Con aire misterioso preguntó:

—¿Tiene usted algún libro sobre las teorías de Lenin?

—No, señor; la Municipalidad no cree mucho en las teorías de Lenin...

—¿Y tiene "La Rusia Roja", de Álvarez del Vayo.

—Tampoco, señor...

—¡Bueno! — exclamó. — Déme entonces "El Pirata Negro", de Emilio Salgari.

— Evidentemente — concluye el espiritual bibliotecario, — las preferencias de este extraño lector parecían inspi-

(Continúa en la pág. 28)

RECORRIENDO LAS PLAYAS



HOY LAS PLAYAS TIENEN UN GRAN INCENTIVO para el visitante, por su ambiente y sus perapectivas, y eso sin contar que son como un muestrario de mujeres bonitas. He aquí una instantánea obtenida en Vicente López, en que aparecen reunidas unas cuantas náyades seductoras

Foto Lousán



TAMBIÉN LA INDUMENTARIA DE LAS BAÑISTAS está sujeta a los caprichos de la moda. Original gorra estilo "jockey" que empieza a usarse



HAY BAÑISTAS REACIAS A ZAMBULLIRSE EN EL LÍQUIDO ELEMENTO, pero pocas, sin duda habrá tan rebeldes como la que aparece en esta foto

Foto Sport y General



ESTÁN RESULTANDO UNA GRAN NOVEDAD entre los nadadores estos extraños zapatos de aluminio con los que, además de poder caminar se consigue nadar con rapidez



A MEDIDA QUE TRANSCURRE EL TIEMPO, LA PLAYA DE OLIVOS va adquiriendo mayores prestigios entre los aficionados a los baños al aire libre. Un grupo descansando en la playa

Foto Lousán

Los hermanos Suárez

UNA FAMILIA DE BOXEADORES

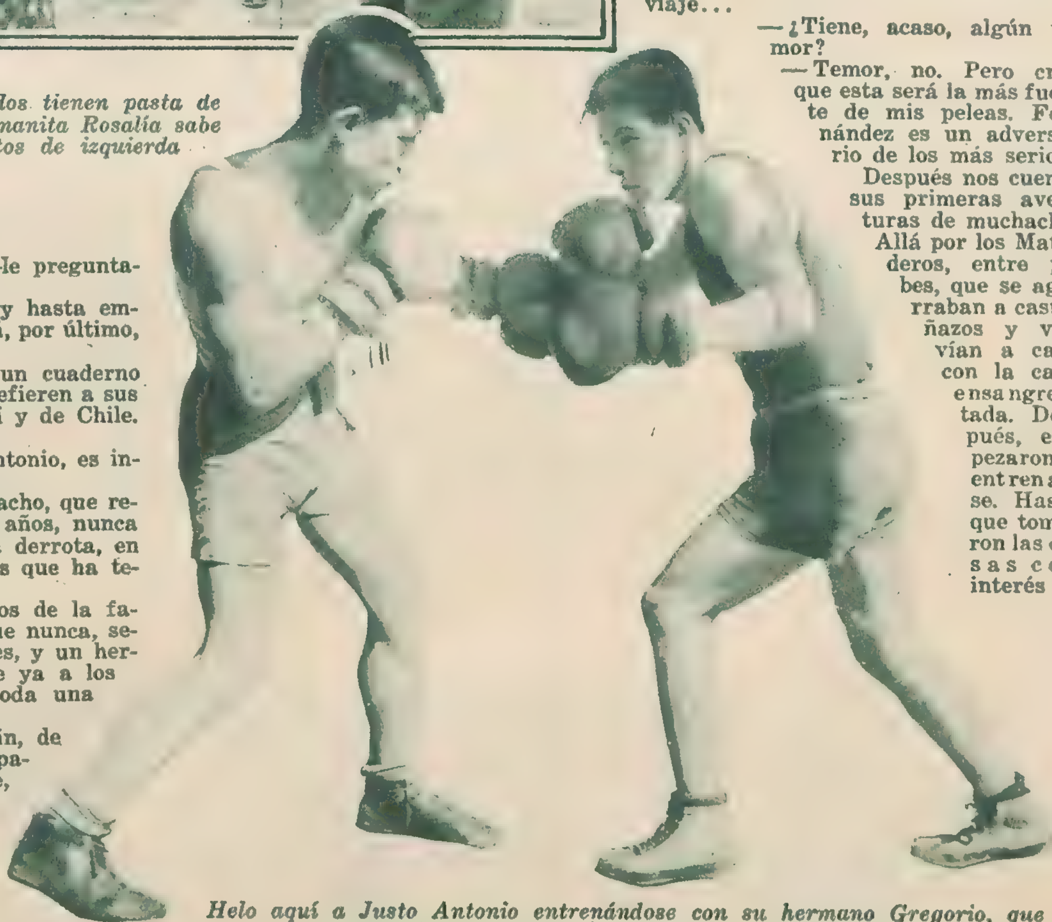
Por Pedro GOITÍA



Justo Antonio Suárez, el peso liviano que constituyó una de las grandes figuras del ring durante el año que acaba de fenecer



En la familia Suárez todos tienen pasta de boxeadores. Hasta la hermanita Rosalía sabe tirar excelentes directos de izquierda



Helo aquí a Justo Antonio entrenándose con su hermano Gregorio, que también ha conquistado fama de buen pugilista

Fotos Martín González Arrili

ALLÁ por Liniers, pasando los Mataderos, en una modesta casita perdida entre los árboles, vive la familia de Suárez, que ha dado ya al ring dos boxeadores de primera fila, y no es difícil augurarlo, ha de dar, dentro de poco, otros dos más.

Desde la señora madre, que nos recibe afectuosamente, hasta la hermanita, linda y graciosa, todos en la casa entienden y hablan con entusiasmo del deporte. Desgraciadamente, nos enteramos de que Justo y Gregorio no se entrenan allí. Están por San Isidro. Y si bien resolvemos ir a visitarlos por allá, no desaprovechamos la oportunidad de hablar con la familia. La señora nos entera en seguida:

—He tenido catorce hijos — nos dice. — Estos siete de mi segundo matrimonio son todos boxeadores. Hasta la chiquilina es aficionada. Casi puedo decirles que fué ella quien empezó a despertarles la inclinación, porque tenía cuando chiquita, tan mal genio, que en un dos por tres se tomaba a golpes con los hermanos...

Reímos todos, festejando el dato. Todos, menos la aludida. La joven, muy seria, ni se molesta ni se alegra por aquel recuerdo. Está interiorizada de todo lo que se relaciona con la afición, y nos suministra en seguida cualquier informe que le pedimos.

—¿Y usted no boxea?—le preguntamos.

— Yo hubiera querido, y hasta empecé a practicar, pero papá, por último, no me dejó...

Tiene coleccionadas en un cuaderno todas las crónicas que se refieren a sus hermanos. Diarios de aquí y de Chile. Nos dice con entusiasmo:

— Mi hermano Justo Antonio, es invicto.

Efectivamente: el muchacho, que recién cuenta diez y nueve años, nunca ha mordido el polvo de la derrota, en las sesenta y tantas peleas que ha tenido.

Aparecen otros miembros de la familia: un tío bonachón, que nunca, seguramente, calzará guantes, y un hermano menor, Obdulio, que ya a los quince años parece ser toda una promesa.

Nos despedimos, por fin, de la simpática familia. Al padre, por hallarse ausente, no hemos tenido el gusto de conocerlo.

Al otro día, en San Isidro, nos encontramos con los dos hermanos mayores, que se están entrenando en una quinta, para su próxima pelea. El día no puede ser más hermoso ni el paraje más incitante. En los fondos, entre la arboleda, duermen la siesta en ese momento. Tenemos el sentimiento de despertarlos, porque bien sabemos cuán precioso es su descanso. Duermen los dos sobre el suelo, donde han extendido un delgado colchón. En un minuto ya están listos. Allí, a dos pasos, han construído un ring. Se prestan los dos hemanos a conversar y efectuar algunos simulacros de pelea. Su estado parece excelente. Justo Antonio, sobre todo, que ha tenido un año magnífico. Cinco peleas ganadas, cuatro de ellas por knock-out, lo han hecho la primera figura del ring, en 1928. Sus victorias sobre los italianos Pedro Bianchi y Marfut, tuvieron un gran relieve.

— ¿Qué tal Marfut? — le preguntamos.

— Muy bueno — nos contesta. — De lo mejor... Pero el hombre no acertaba conmigo. Lo desconcerté. A veces, mi manera de boxear, mis cambios de guardia, lo dejaban mirándome, sin saber qué hacer...

— ¿Cuántas peleas lleva realizadas?

— Unas sesenta, más o menos... Al principio las contaba, pero ya no... He tenido suerte, porque siempre he vencido, veinticuatro veces por knock-out... Ahora ya ni pienso en la pelea. Antes, esos cargosos que vienen a felicitarme, a desearme el triunfo, me impacientaban. Ahora ni eso...

— Si uno se pone a pensar—agrega el hermano Gregorio — pierde peso...

— Y a usted, ¿cómo le va?

— Muy bien — dice. — Recién he salido del servicio militar, y voy a pelear el mismo día que Justo Antonio... En el ejército me han tratado con mucho cariño... Después de mi última pelea, en que yo mismo me puse konck-out al resbalar sobre el piso y caer de espalda...

— ¡No diga!...

— Así mismo fué... Resbalé, y caí de espaldas. Pegué con la nuca en el piso, que no tenía encerado...; y ahí quedé... Se me hizo aquí un chichón muy respetable...

Se ríe, señalándose detrás de una oreja.

Volvemos a Justo, que se emociona mucho al saber que hemos estado con la familia, a la que no ven desde hace un tiempo. Estos muchachos boxeadores son los seres más ingenuos que darse pueda. No hay en ellos ni un ligero resabio de matón. Cumplen con seriedad y amor su entrenamiento. Son serios, sencillos y afectuosos.

— Peleas duras, ¿ha tenido muchas?

— Muchas... He peleado con Escudé, con Peralta, con Caballero y Bonfiglio, que son de lo mejor. Y he salido con suerte siempre...

— ¿Quién los entrena?

— Nos entrenamos entre nosotros... Vienen también dos amigos, Ricardo Artusso y Jorge Piazza, y hacemos footing, y todo lo demás...

— ¿Qué proyectos tienen?

— Después de esta pelea, tal vez nos vayamos a Estados Unidos..., si salgo bien..., y aunque no salga: una derrota no es motivo para abandonar el viaje...

— ¿Tiene, acaso, algún temor?

— Temor, no. Pero creo que esta será la más fuerte de mis peleas. Fernández es un adversario de los más serios!

Después nos cuenta sus primeras aventuras de muchacho. Allá por los Mataderos, entre pibes, que se agarraban a castañazos y volvían a casa con la cara ensangrentada. Después, empezaron a entrenarse. Hasta que tomaron las cosas con interés y método. Y así, hasta el día de hoy...

— ¿Qué alimento toman?

— Muchas verduras..., poca carne... y farináceas, si baja el peso.

— ¿Nada de paseos ni diversiones?

— ¡Nada! Yo no necesito que me cuiden, como pasa con otros. Me cuido yo... Sé que conservar mi forma es el secreto de mi triunfo, y cumplo todas mis obligaciones sin esfuerzo.

Les deseamos a los dos hermanos un triunfo completo. El paraje que han elegido para prepararse no puede ser más ideal. Por su altura, por su aire, por todo lo que nos rodea, San Isidro parece inocular en la sangre salud y optimismo. Nos despedimos con esta impresión. Todavía desde la vereda nos dicen adiós los dos bravos muchachos. Acaban de llegar sus amigos y van a empezar la labor de la tarde... No queremos ser profetas, pero, por su estado físico y moral, nos parece que los dos van a lograr la victoria.

Algunas notas gráficas de la capital y del interior



FUÉ OBJETO DE UNA NUEVA DEMOSTRACIÓN EL JINETE AIMÉ TSCHIFFELY, por parte de las autoridades del Rotary Club, que lo invitaron especialmente a su almuerzo quincenal que se sirvió en el Plaza Hotel — Foto Belloso





LOS EX RESIDENTES LIBANESES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA acaban de obsequiar al presidente Irigoyen una magnífica tela bordada con hilos de oro y plata, en Souck, pequeña ciudad del Líbano, como un testimonio de gratitud y simpatía hacia nuestro país, que constituyó para ellos una segunda patria. A la izquierda: la tela de referencia con una reproducción del retrato del general San Martín. A la derecha: la comisión de libaneses que hizo entrega de la tela al Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, presidida por el cónsul argentino en Beyrouth, señor Alberto M. Candioti — Fotos Padilla y N. N.

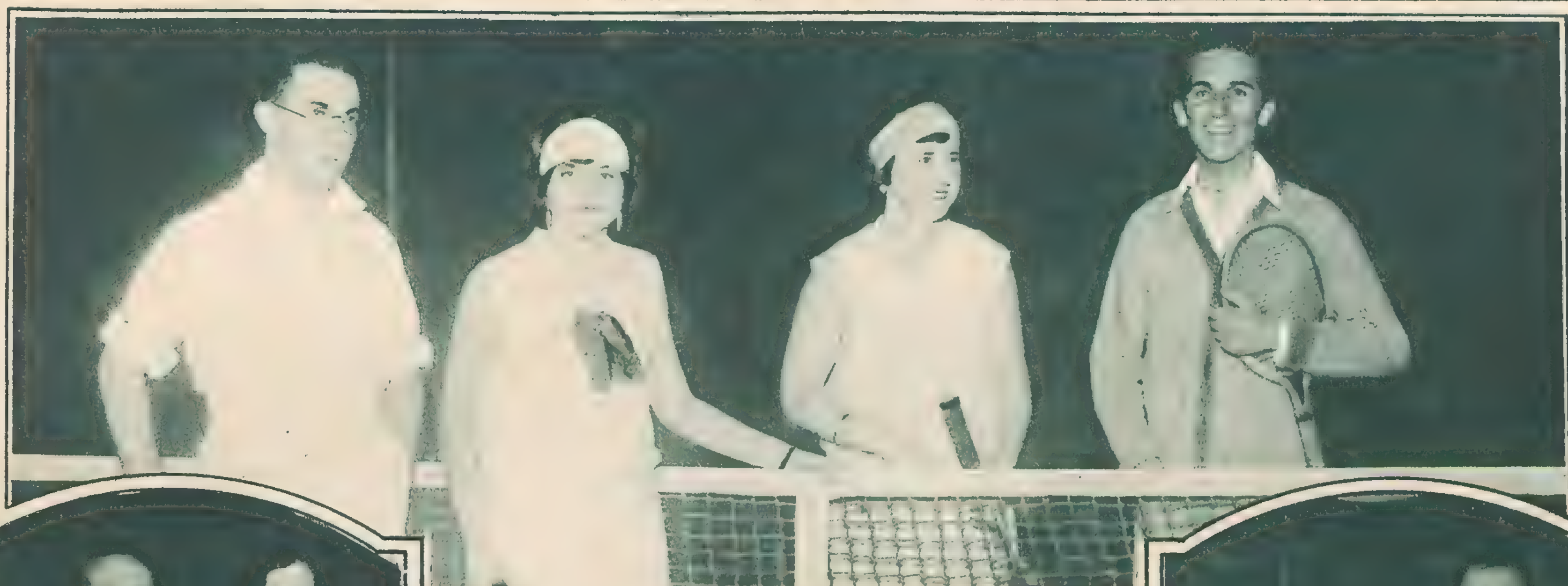


HAN SIDO REPARTIDOS EN TUCUMÁN los premios a los campeones de football del Banco Comercial, acto que revistió lucidos contornos. Una vista en que aparecen los footballers premiados — Foto Martín



EN LA PLAYA DE QUILMES se realizó el picnic organizado por la sociedad Vélez Sársfield, de cuyo éxito no puede dudarse, dada la cantidad de señoritas que concurrieron — Foto De la Mela

DE LA CAPITAL, SAN LUIS Y MENDOZA

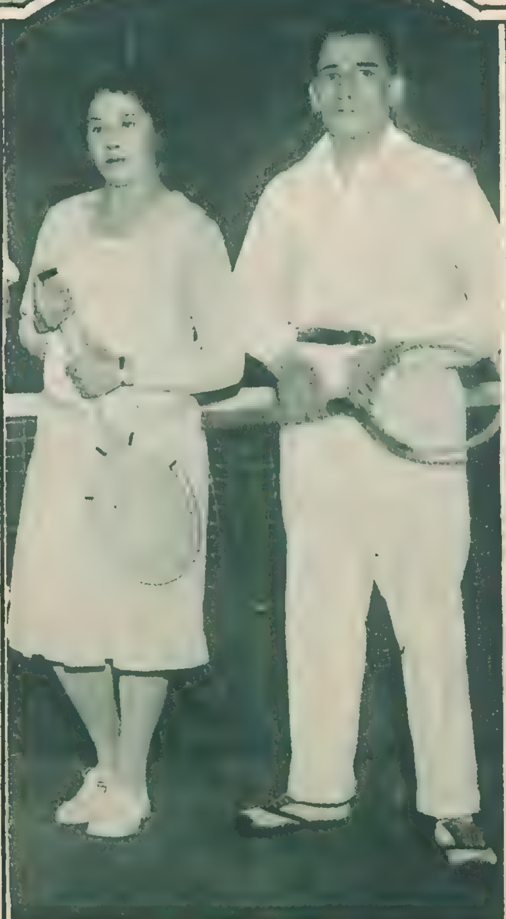


EN EL TORNEO NOCTURNO DE TENNIS DEL CLUB RIVER PLATE se han realizado varios partidos. Uno de ellos fué ganado por la señorita Echevérría y el señor Germani, que aparecen aquí acompañados de sus vencidos, señorita Bressan y señor Griemberg





CON BUEN ÉXITO JUGARON LOS SEÑORES SARTORE Y LAMARCA, que aquí aparecen, pues vencieron fácilmente a sus rivales, señores Martínez Peralta y Grivs



SEÑORITA BELL Y SEÑOR PARSON, que resultaron victoriosos en otro de los matches

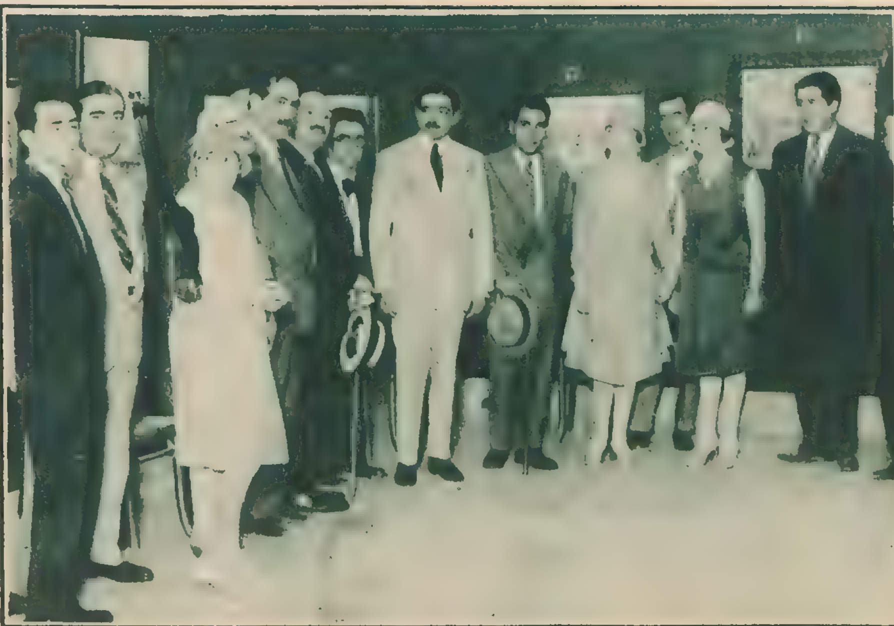
TAMBIÉN RESULTÓ TRIUNFADORA esta pareja, compuesta por la señorita Bermejo y el señor Echeverría

Fotos M. González Arrili



GRUPO DE CONSCRIPTOS DE LA CLASE DE 1907, festejando su licenciamiento a orillas del Río V, en Mercedes (San Luis)

Foto Arcucci



ACABA DE REALIZAR EN MENDOZA EL ACUARELISTA OSCAR MARZIALI una exposición de sus obras. Una vista en que aparecen el Ministro de Gobierno, señor Sosa, y otras personas, visitándola

Foto N. N.

¿ Comprende usted lo que significa la garantía de $10,000 m/n ?



El trozo más pequeño de Jabón Sunlight que usted tome en su mano representa una garantía de pureza por valor de $ 10.000. ¿Existe una prueba más convincente de la pureza de este jabón? ¿Puede Vd. estar más segura de que cualquier prenda que lave con él estará a cubierto de los destrozos causados por substancias de inferior calidad? Esta garantía significa que toda su ropa blanca está fuera de peligro y dará el mayor rendimiento posible. Significa, también, que su cutis se conservará suave y liso. Use únicamente Jabón Sunlight — y la garantía de $ 10.000 protegerá su ropa.

JABÓN SUNLIGHT

Se pronuncia "Sunlait"

LEVER HERMANOS LIMITADA, BUENOS AIRES

La fiesta de natación del Club Gimnasia y Esgrima



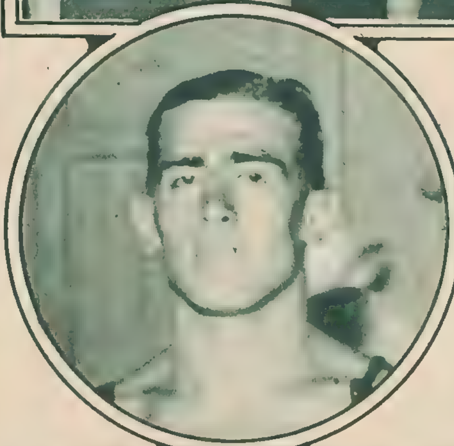
EN EL CLUB GIMNASIA Y ESGRIMA REALIZÓSE EL SEGUNDO CONCURSO nocturno de natación organizado por esa entidad, constituído por diversas pruebas que resultaron interesantes. Una vista del público concurrente



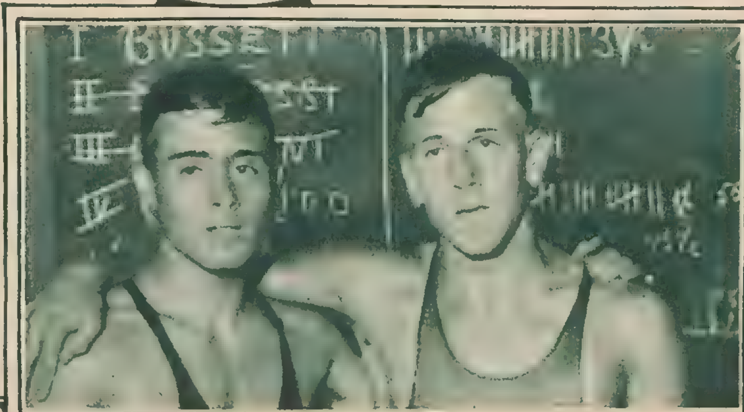
EL PRINCIPAL NÚMERO DEL PROGRAMA lo constituyó la carrera de 100 metros, que fué ganada por Alberto Zorrilla, el campeón olímpico en 1, 1" 4|5



TEAM GANADOR DE LA CARRERA DE POSTA 4X1, para menores, que se lució frente a sus adversarios



CARLOS CASTRO FEIJÓO resultó vencedor en la carrera de media hora, conquistando la medalla de oro ofrecida como premio



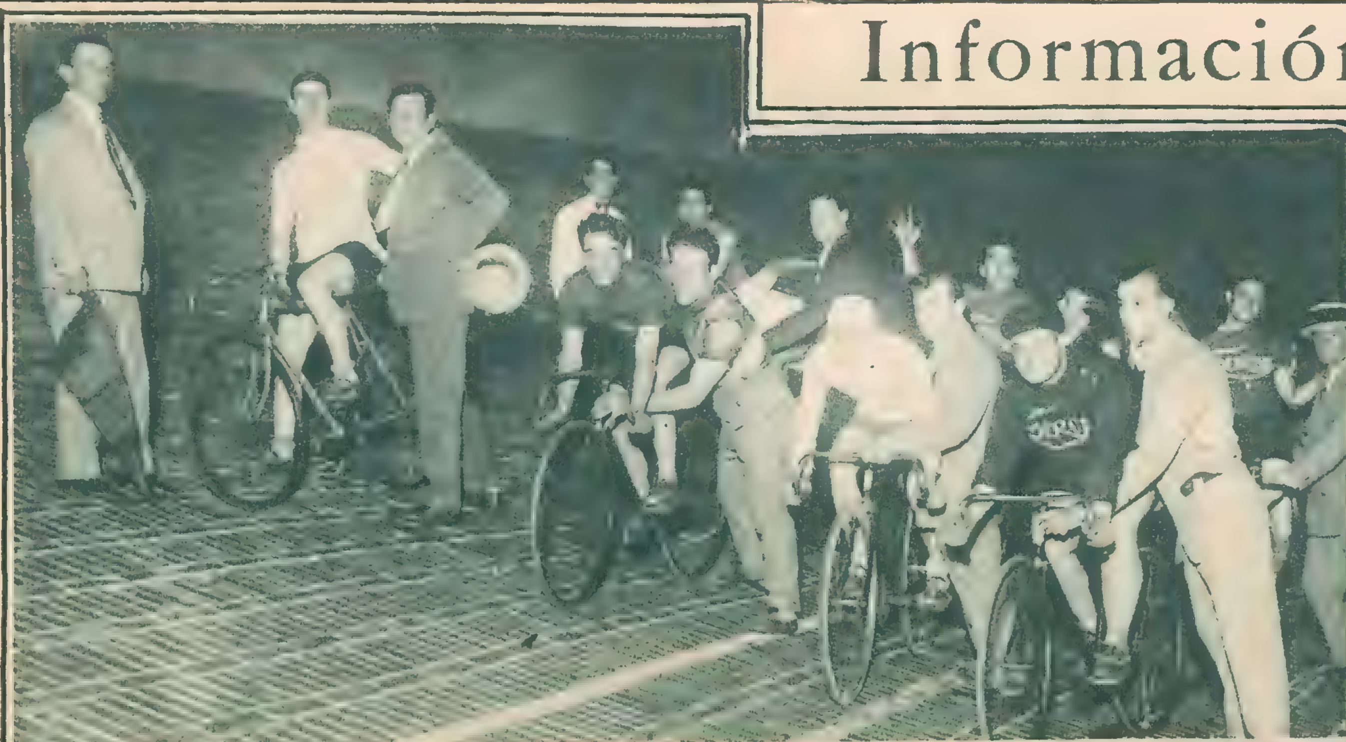
LA CARRERA DE 100 METROS ESTILO ESPALDA para no ganadores resultó favorable para Carlos Kunst y Federico Martínez Echenique, que llegaron primero y segundo, respectivamente

Fotos Padilla



EN LA CARRERA DE 100 METROS, estilo pecho, para señoritas, se impuso Violeta Lelong, escoltándola en la llegada Victoria Koellner. Ambas nadadoras momentos después de realizada la prueba

Información Gráfica del Sábado y del Domingo



EN EL MOMENTO DE LA LARGADA de la carrera ciclista de 30 vueltas, organizada por el Club Social Olimpo, en la que se clasificaron 1º y 2º, Angel Domínguez y Salvador Gil, respectivamente



UN NUEVO HOMENAJE LE FUE TRIBUTADO AL JINETE AIME TSCHIFFELY. Este fué organizado por la Asociación Criadores del Caballo Criollo y la Asociación Deportiva del Comercio, en el parque 3 de Febrero. Parte de los concurrentes



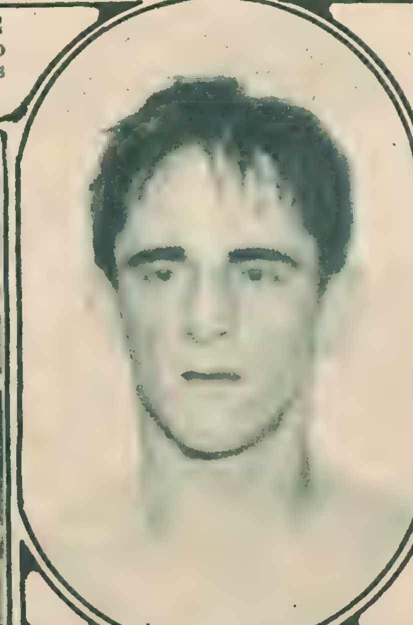
FUE RECORDADO el centenario del deán Funes con muchos actos públicos. He aquí al vicepresidente de la Nación, al Ministro del Interior y otras personalidades a la salida del templo de San Ignacio



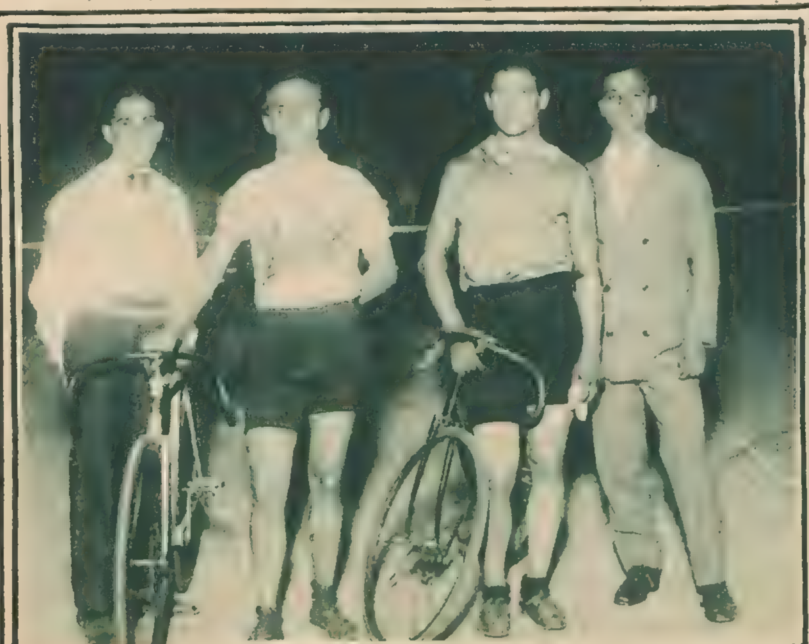
A. MALVASSI, L. A. DE MEYER y F. RODRIGUEZ, que constituyeron el equipo argentino ganador de la carrera ciclista de 50 vueltas "Omnium Argentina - Italia", otro de los números del festival del Club Olimpo



EN EL TEMPLO DE LA MERCED SE OFICIÓ EL DOMINGO LA MISA DE LOS CONSCRIPTOS de la clase de 1908, que ya han empezado a incorporarse. Aquí aparecen los futuros defensores de la patria acompañados del secretario del Ministro de Guerra, mayor Carlos Beovide



A. CAPIELLO, el boxeador que, contra lo que se informó en el primer momento, venció a J. Jones por K. O. en el 5º round en el match realizado en el Boxing Club, de Rosario



EN LA CARRERA TROFEO "OCTAVIO BOTTECCHIA" del citado Club Olimpo, se impusieron Carmelo Saavedra y Ewald Ebner, que llegaron 1º y 2º, respectivamente, a la meta



MIGUEL A. FERNANDEZ, que durante la carrera de motocicletas del Circuito Morón Luján - Carmen de Areco, del domingo, sufrió un accidente tan grave que le costó la vida



CON BUEN EXITO REALIZOSE LA CARRERA DE AUTOS tipo Standard Rosario - Santa Fe - Rosario. A la izquierda: Enrique Ferreyra, ganador de la 2ª categoría. A la derecha: Fausto Corbella, que se adjudicó la tercera



EN LA FINAL DEL CAMPEONATO DE BASKET BALL de 2ª división, realizado en Rosario, se impuso el equipo del Club Provincial, clasificándose campeón



TRAS UN ANIMADO COMBATE, EL BOXEADOR ESPAÑOL LUIS RAYO se impuso al italiano Enrique Venturi. Este match, que se realizó en el estadio del Club Atlético River Plate, fué presenciado por millares de aficionados

Fotos Martín, Padilla, Gonzáles Arrill y Diez.

ESCENAS Y FIGURAS DEL CINE



HE AQUÍ UNA DE LAS BONITAS ESCENAS DEL FILM "DETECTIVES", en el que el actor George K. Arthur se distingue sobremanera. Sólo en el cine se concibe que un galán pueda bostezar de hastío frente a unas rubias tan encantadoras
Foto Metro-Goldwyn-Mayer



LA REGATA DEL AMOR se titula la película que se estrenará mañana, en la cual Charles Morton y Sally Pipps ponen todo su arte, obteniendo un nuevo éxito
Foto Fox



ESTE IDILIO EN PLENO VALLE corresponde a la cinta "Amor Cabal" que se estrenará el 26 del corriente. Son sus principales intérpretes Helen Munday y Forrest James
Foto Paramount



CON LA COLABORACIÓN DE FRED THOMSON Y EDNA MURPHY acaba de estrenarse un film titulado "El Jinete Negro", que por cierto no puede acabar mejor
Foto Paramount

Información de la Argentina y del Uruguay



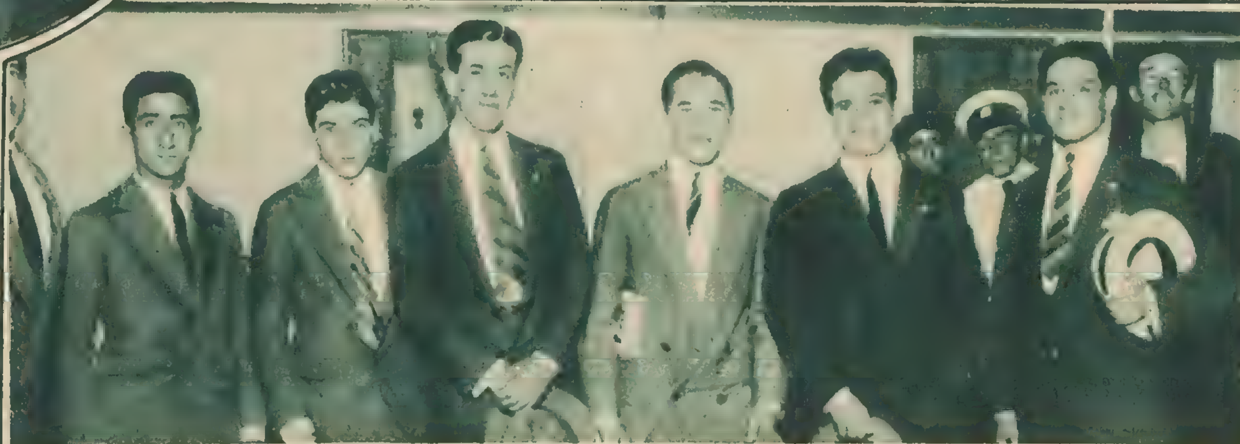
MUY LUCIDAS PROPORCIONES TUVO EL FESTIVAL SOCIAL Y DEPORTIVO organizado por el Club Belgrano. En la presente fotografía aparece el Intendente Municipal señor Cantilo en el acto de hacer entrega de los premios a los vencedores de los distintos torneos
Foto Bellazo



CON EL TÍTULO DE "JOB EL OPULENTO Y OTRAS ANDANZAS DEL ESPÍRITU", Pilar de Lusarreta acaba de publicar un interesante libro de relatos novelescos
Foto Velox



REALIZÓSE EN EL PARQUE HOTEL, DE MONTEVIDEO, el banquete que los cronistas hípicos uruguayos ofrecieron a sus colegas argentinos
Foto Adami



EN EL STADIUM NACIONAL, DE LA VECINA ORILLA, REALIZÁRONSE varios encuentros de box entre profesionales chilenos y uruguayos. Estos son los boxeadores chilenos.





DÍAS PASADOS DESENCADENÓSE EN SATURNINO M. LASPIUR (Córdoba) un terrible huracán que, si felizmente no causó desgracias personales, causó, en cambio, daños materiales de consideración. Por las dos fotos que reproducimos, de edificios derrumbados, puede juzgarse la magnitud del huracán
Fotos Ramón Spalla

Hace veintiséis años que una montaña de expedientes impide navegar al velero "María Madre"

MIENTRAS EL BUQUE, DESMANTELADO POR LA ACCIÓN DEL TIEMPO, FLOTA AÚN EN PAYSANDÚ, EL PROPIETARIO Y CAPITAN DEL MISMO, DON PEDRO BALESTRINO, CONTINÚA HACIENDO GESTIONES PARA RECUPERARLO

Por Luis POZZO ARDIZZI

QUIÉN podía sospechar que una montaña de papeles ofrecería tanta resistencia!

Y sin embargo, es así. Una montaña de expedientes mantiene amarrado en el puerto de Paysandú al velero italiano "María Madre", desde 1902.

Su dueño, a pesar de que ni con el casco viejo que aún flota podría pagar los gastos que ese interminable pleito ha acarreado, con el mismo entusiasmo del primer día sigue haciendo gestiones para que le devuelvan la embarcación.

Esta nota no tiene otros objetos que los siguientes: 1º Recordar el despojo de que fué víctima el marino italiano don Pedro Balestrino, y 2º Hacer que el lector compruebe una vez más la característica lentitud de la justicia en el Río de la Plata, lo que ya la define con perfiles propios.



Esta fotografía muestra cuán gallarda era la "María Madre" cuando llegó a Paysandú, a principios del año 1902

Foto Alassio

EL VELERO "MARÍA MADRE"

ESTE velero, que hace medio siglo surcaba los mares del mundo desafiando a las tempestades, fué construído en el año 1875 en Middlesborough en los astilleros de Dixon y Cía. Obtuvo entonces del Lloyd la más alta clasificación: estrella 100 A. 1.

Su casco de hierro desplaza 639 toneladas, tiene 54 metros de eslora; 9,50 de manga y cala 17 pies.

Al salir de los astilleros fué bautizado con el nombre de "Langland", inscribiéndosele como buque de tres mástiles en el puerto de Swansea, a nombre de sus propietarios Simpson Brothers, quienes durante veintidós años lo ocuparon especialmente en el transporte de salitre desde la costa norte de Chile hasta el continente europeo, por la ruta de Cabo de Hornos.

Simpson Brothers vendieron la embarcación, en el año 1897, al señor Bartolomé Balestrino, mientras se encontraba en el puerto de Gante.

Y el armador italiano, que ya había hecho una larga campaña con otros buques, resolvió designar a su hijo Manuel para que se hiciera cargo del velero.

Pocos días después se procedió a bautizarlo nuevamente, denominándosele "María Madre", y en seguida se hizo a la mar con doce hombres por toda tripulación.

SU NUEVA CAMPAÑA

EL primer viaje que hizo el "María Madre" bajo bandera italiana fué a New Port, con un fuerte cargamento de papas, y luego zarpó desde allí para Villa Constitución (provincia de Buenos Aires), con carbón y otras mercaderías.

Después de una corta permanencia en el último punto citado, zarpó para Colastiné, a embarcar quebracho para Hamburgo. Y de este puerto salió en lastre para Cádiz con el fin de cargar sal para Paysandú. Más tarde llevó cereales desde Concepción del Uruguay hasta Hull, donde embarcó carbón para Génova.

Permaneció un tiempo en el puerto italiano, y zarpó luego en lastre para Jamaica en busca de palo de campeche, volviéndose con ese cargamento a Génova.

Algún tiempo después salió para Ibiza y cargó sal para Buenos Aires, siguiendo luego para Colastiné, donde cargó quebracho para Génova.

EL LIO JUDICIAL

EL velero "María Madre", a principios de 1902, cambió de mando; se hizo cargo de la dirección del mismo el capitán Pedro Balestrino — hermano de Manuel, — quién salió en seguida con la embarcación en lastre para las islas Baleares, y allí cargó sal para Paysandú, a donde llegó a fines de febrero del mismo año, después de soportar fuertes tempestades en el Atlántico.

Y fué en ese puerto donde se produjo la incidencia que le impediría volver a surcar los mares.

Una vez realizadas las operaciones de descarga, el capitán Balestrino contrató un cargamento de cueros salados para Europa, pero los nuevos fletadores — la casa F. Lagemann y Cía.— trataron de eludir el pago de los fletes y el anticipo contratado.

Y a pesar de que el velero "María Madre" se hallaba listo para hacer el nuevo viaje, el día de la salida, el 4 de julio de 1902, fueron arriadas sus velas, por orden judicial.

BALESTRINO: EJEMPLO DE PERSEVERANCIA

EN vista de las dificultades, el capitán, y ya propietario, don Pedro Balestrino — su padre ya había muerto — hizo las gestiones del caso para que su embarcación volviera a gozar del derecho de navegar.

Recurrió a las autoridades uruguayas, al consulado italiano, movilizó influencias, pero todo fué inútil: comenzaron a pasar los años..., y el velero continuaba anclado.

Balestrino, además de perseverante, demostró ser un hombre honrado: cuando se dió cuenta de que el pleito se prolongaría demasiado, resolvió embarcar a los tripulantes que deseaban volver a Italia, donde se hallaban sus familias.

Y con los pocos ahorros que le quedaban, pagó los pasajes a los que no quisieron aguardar la libertad del "María Madre"...

DOS FIELES SERVIDORES

PERO no todos tuvieron la suficiente voluntad para abandonar la embarcación en la que habían pasado horas de angustia y de alegría, y en la que había transcurrido buena parte de su vida.

Jerónimo Viacava, lobo de mar de verdad, cuando se produjo el incidente en Paysandú, hacía ya veinticinco años que navegaba a bordo del velero, y no quiso separarse. Su hijo Ángel, uno de los tripulantes más jóvenes, también se quedó.

Don Pedro Balestrino, el capitán de la embarcación, en la actualidad

Foto N. N.

Padre e hijo, viviendo en el "María Madre", viendo cómo envejecía éste y cómo se les pasaba la vida a ellos, constituían la única representación de los derechos del capitán y propietario, la única protesta humana ante aquel atropello.

JERÓNIMO VIACAVA

ESTE viejo marino merece el honor de unas líneas dentro del recuerdo del velero que no navega desde hace veintiséis años.

Jerónimo Viacava era el mayor de los tripulantes, y tenía tales conocimientos náuticos, que poseía verdadera autoridad entre sus compañeros. Sus palabras, sus prevenciones y sus cálculos durante el viaje, merecían tanto respeto como los del capitán.

Se había identificado tanto con la embarcación, que ya se consideraba parte integrante de la misma.

Desgraciadamente, no podrá ver el fin del largo pleito: hace poco dejó de existir a bordo del velero, de donde no quiso moverse en los últimos momentos de su enfermedad, aunque estaba seguro de que había llegado su fin.



He aquí a la embarcación del tan curioso pleito, tal como se encuentra en Paysandú, en donde está anclada desde hace la friolera de veintiséis años

Foto N. N.

(Continúa en la pág. 32)

Las reuniones danzantes del día de Reyes



BONITO MODELO DE VESTIDO de velour de muselina verde con bordados de ónix y brillantes, al cual le presta especial elegancia la caída de flores que tiene al costado

Foto Henri Manuel



CON MOTIVO DE LA FESTIVIDAD DE REYES el Centro Riojano Español realizó una animada velada danzante, durante la cual se repartieron juguetes entre los niños concurrentes. Parte del público que asistió a la velada

Foto Padilla



EN LOS SALONES DEL CÍRCULO ANDALUZ tuvo lugar el mismo día el festival organizado por sus dirigentes, el que, como puede verse, estuvo muy concurrido

Foto Padilla



TAMBIÉN EN EL CENTRO ASTURIANO SE REPARTIERON JUGUETES entre los niños durante el baile realizado en la noche de Reyes. Una vista del salón en uno de los intervalos

Foto Padilla

A TRAVES DEL PAIS

El famoso Londres de los Conquistadores

Por Severo F. VILLANUEVA

He aquí el famoso Londres de Belén, aquel mismo famoso *San Juan de la Ribera de Londres* que mandara fundar el general Juan Pérez de Zurita el año 1558, cuando su primera expedición de conquista a las feraces tierras del Tucumán incásico, y el que, dicho sea en cumplido homenaje a la verdad, hoy no sólo podría figurar con sobrada ventaja entre las más pintorescas poblaciones veraniegas de la provincia de Catamarca, sino también como una de las más curiosas e interesantes de todo el Noroeste argentino, por la cantidad de ruinas y valiosos objetos artísticos de cobre, piedra, barro cocido, etc., de procedencia indígena o española, que suelen descubrirse, a cada paso, en sus alrededores.

La villa de Londres, cuya población debe alcanzar, cuando mucho, a dos o tres mil habitantes, que viven en su mayoría del cultivo precario de la tierra y de la explotación de algunas pequeñas industrias, entre las cuales destácanse especialmente las del hilado y el tejido, como ha podido comprobarse, merced a las primorosas labores confeccionadas con lana de oveja y de vicuña, expuestas en diferentes ocasiones en esta capital y el exterior, por iniciativa de la Liga Patriótica Argentina; la villa de Londres, repetimos, ofrece al viajero inteligente, además de un aspecto panorámico bellísimo, lleno siempre de matices admirables, una gran variedad de cuadros y costumbres de ambiente, a cuales más originales o novedosos, que atraen y seducen desde el primer momento

En cuanto el automóvil comienza a deslizarse por la calle principal de la población, o se aventura en el difícil laberinto de los callejones circundantes, cortados trecho a trecho por el cauce manso de las acequias que conducen el agua a los huertos, uno principia también a sentirse agradablemente impresionado por sorpresa, o mejor dicho, a sentirse como hechizado por la gracia sugestiva de las cosas que se van presentando a los ojos, y que se suceden o animan, lo mismo que en un diafanorama...

Primero, en el arrabal de la villa, son los ranchos y casucas del pobrerío, con sus rústicos telares de palo a pique, plantados al frente, bajo el árbol tutelar, y su pequeño plantel de vides emparronadas, o su lonja de tierra para cultivos al fondo. Después, las grandes casas quintas de los vecinos mejor acomodados, las inevitables tiendas y mercerías de los turcos, las recobas de carne, con sus llamativas banderitas rojas, prendidas al extremo de una caña, sobre la puerta de acceso, o el muy típico y ya casi desterrado puesto o *vendaje* de pan casero, con su no menos alegre banderita blanca flameando en lo alto, cual si quisiera darnos la bienvenida. Más tarde, la infaltable "plaza moderna", poblada totalmente de árboles frutales y frondosos terebintos, rodeada por un cerco de alambres de púa, y en cuyo centro se adivinan, medio tumbados todavía entre la hierba, los contados asientos de madera donde todos los sábados por la noche acuden a sentarse los muchachos *londrinos* para ensayar *sotto voce* una nueva canción destinada a ser ofrecida en dulce serenata, hacia el amanecer, y por riguroso turno, a las que son dueñas y señoras de su pensamiento. En seguida, otra vez los pequeños solares, alternando con las casas de comercio, las escuelas, la oficina de correos y telégrafos, el juzgado de paz, la comisaría. Y, por último, allá en el extremo de la calle, pasando el río seco que divide a la villa en dos barrios o secciones denominados *Londres de Abajo* y *Londres de Arriba*, respectivamente, la vieja plaza fundadora, la plaza mayor, de forma irregular, pero limpia de todo árbol o cercado, a la que rinden guardia de honor una humilde capilla centenaria, bastante destruída por el tiempo, un grupo de ranchos miserables y unas cuantas casonas del más auténtico estilo colonial, revestidas de amplias galerías de toscos pilares al frente, cercadas en los costados de magníficos pomarales, y por cuyas puertas o ventanas, abiertas siempre de par en par, insinúase, a veces, el misterio de aquellos sombríos corredores de antaño, protegidos por una cortina de enredaderas, o se asoma el motivo romántico de un admirable patio andaluz, con su característico jardín salpicado de claveles rojos y blancos, alhelíes, amapolas y margaritas en flor...

Mas si todo cuanto acabamos de mencionar constituye, por decirlo así, una verdadera primicia para los ojos del viajero, es fácil, sin duda, imaginarse lo que podrá ocurrir cuando, saliendo un poco de la población e internándose unos cinco kilómetros hacia el noroeste de la misma, o sea hasta llegar al rincón donde se juntan los primeros peldaños de la Sierra de Belén con los primeros contrafuertes de la Sierra de Zapata, uno concluye por detenerse en el sitio denominado el Chilcal, donde se hallan y conservan todavía en pie, aunque bastante deterioradas, las ruinas del primitivo fuerte indígena de Londres. Entonces, sin saber cómo, pero con el corazón henchido de gozo y los ojos muy abiertos para impedir que se escape el más insignificante detalle, nos apresuramos a meternos a pie en un impenetrable matorral de chilcas, tuscas y

(Continúa en la pág. 28)



Habilísima tejedora de la región, ocupada en iniciar una de sus caprichosas obras textiles



Muchacha del pueblo de Londres, llevando en la cabeza un valioso cántaro de estilo incaico



En este lugar, a dos metros de profundidad, entre los cimientos de una muralla antigua, encontróse el más curiosísimo "puco"



Indígenas ocupados en trabajos de excavación y desmonte en el centro mismo de la población

MISCELANEA GRAFICA



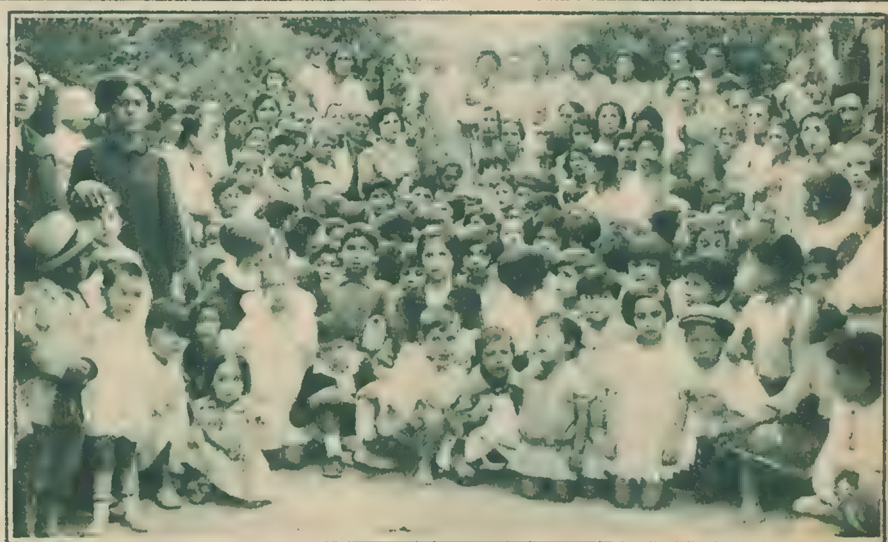
EN UN TIEMPO REALMENTE "récord". Cosme Saavedra se adjudicó el triunfo en la carrera ciclista Doble Luján, recorriendo los 107 kilómetros, 500 metros en 3 horas, 35 minutos y 41 segundos, a pesar de los obstáculos puestos por la policía caminera, que interrumpió varias veces la prueba. Segundo, a tan sólo un minuto de diferencia, llegó Vicente Bogliolo, que también se portó admirablemente

Foto Louzán



HE AQUÍ UNAS CUANTAS PEQUEÑAS BAÑISTAS descansando en la playa de Necochea, después de haber retozado entre las suaves ondas

Foto Nikko



LA ESCUELA TEOSÓFICA "GENERAL BELGRANO", de Tucumán, repartió ropas y calzado entre las familias pobres de la ciudad. Un grupo de las agraciadas

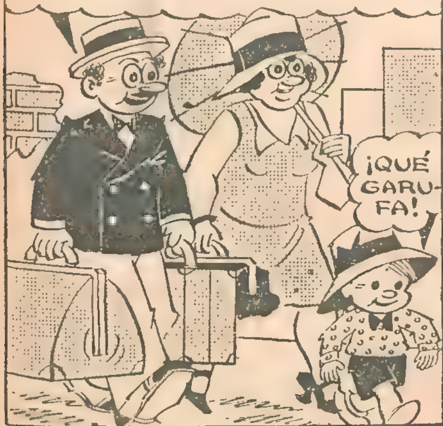


ESTOS SON LOS VENCEDORES EN LAS CARRERAS INFANTILES de triciclos y monopatines, organizadas en Tucumán por el Pedal Club Tucumano

Foto Martín

Aventuras de Nenucho

Por GONZALEZ FOSSAT

















La obra cultural de las Bibliotecas Municipales

(*Continuación de la pág. 11*)

radas por un extraño azar, como en la ruleta: rojo y negro...

Un detalle curioso. Desde que funciona la biblioteca—más de ocho meses,—nadie ha solicitado "La Gloria de Don Ramiro", de Enrique Larreta... ni "Flor de Durazno", de Martínez Zuviría.

El libro nacional más leído es "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes.

Por excepción se pide algún poeta joven.

La biblioteca "Ricardo Güiraldes" está metida como una cuña de cultura popular en la recova de los Mataderos, al lado de la comisaría y entre boliches y churrasquerías. Poco a poco ha ido venciendo la indiferencia ambiente, y hoy cuenta con un promedio de cincuenta lectores diarios. Muchos que fueron tras una violenta discusión a pedir un "Reglamento del juego del truco"—que no había, — son hoy asiduos lectores de manuales de oficios y novelas. Los libros de Güiraldes se leen mucho, y no falta resero viejo que asegura haber conocido a don Segundo Sombra en cuerpo y alma.

¡Dichoso destino de los grandes escritores el de crear tipos tan humanos, que la gente los recuerda sin haberlos visto jamás!

El famoso Londres de los conquistadores

(*Continuación de la pág. 25*)

garabatos espinudos, dejándonos conducir confiadamente por cierto baqueano de los alrededores que asegura conocer aquel sitio como a la palma de su mano.

Y amedida que vamos descubriendo los vestigios del célebre, poblacho y su soberbia fortaleza, vamos también anotando en nuestro librito de viaje, a modo de plano o derrotero:

Un campo de poco más o menos una legua a todos los vientos, de forma de media luna, guardado al norte, este y oeste por una cadena de montañas poco elevadas, y cerrado al sur por un muro circular de ocho a diez kilómetros de largo y dos metros de ancho, construído todo de piedra. Pasando este muro, en el centro del campo, los barrios bajos de la población, con sus angostas callejas, sus plazoletas o canchones de recreo, y el consabido hacinamiento de habitaciones unidas entre sí por múltiples pasadizos y puertas interiores. Sobre las lomas y montículos de forma piramidal que se elevan en diferentes lugares del campo, algunas torres cilíndricas, con troneras o ventanas, multitud de parapetos y murallas para la defensa, y varios ranchos de piedra, casi intactos a pesar de los siglos transcurridos desde su edificación. Entre el cordón de sierras protectoras y el muro de circunvalación, en el centro mismo de un oculto calvero octogonal, las ruinas del palacio del jefe o *curaca*, con sus largos salones provistos de hornacinas, sus piezas para la servidumbre, su patio de armas y un trapiche o maray destinado, probablemente, a la molienda de piedras minerales. Desparramados por todas partes, en el suelo, infinidad de fragmentos de vasos votivos, nrnas funerarias, yuros, vilques, tinajas de todas las formas, tamaños y colores, decorados con dibujos de inestimable valor artístico, y luego, hachas, flechas, cuchillos, amuletos y otros utensilios o adornos de piedra y barro cocido, cuando no de oro o plata, que solían usar comúnmente los indios de aquella región. En cuanto al cementerio principal, el guía nos informa que nadie ha podido encontrarlo hasta la fecha, aunque es indudable que aquél no debe hallarse muy lejos de la fortaleza, y, por tanto, ha de ser descubierto el día menos pensado...

Al terminar nuestra temeraria excursión por las ruinas del famoso Londres de los conquistadores, la tarde ha declinado totalmente, y tenemos que emprender el camino de regreso a la villa, caminando casi a tientas por un sendero bordeado de baches y barrancos, bajo el doble acecho de la selva y la noche.



El Pericón

Por Carlos ROXLO

Es el baile nativo: nuestros camperos
aprenden de memoria sus relaciones,
y cuando lo puntean los guitarreros
florecen más a prisa los limoneros
y laten más a prisa los corazones.
¡A cambiar de patrona!
¡Dale que dale!
¡Viva la maragata
que a bailar sale!
—¡Cada cual con la suya! ¡Formen parejas!
Hasta el ombú sacude sus ramas viejas
cuando ese baile aduerme las nobles cuitas
del pago donde nacen las margaritas.
Hasta el ombú sacude sus viejas ramas,
y el ceibo, hasta en la noche, despide llamas.
Cuando gira que gira,
forman casales
con las tiernas calandrias
los cardenales.
¡Cardenal de mis montes, el campesino
del pago de los tréboles de aroma fino
guitarrea con arte, si guitarrea,
y lancea con furia, cuando lancea!
¡Calandria de los montes, la campesina
del pago de los tréboles de esencia fina,
parece por su lindo cuerpo gallardo
un junco con azúcares y óleos de nardo!
¡Suenan las nazarenas!
¡Dale que dale!
¡Haced que el junco cimbre
y el óleo salte!
¡En dos filas y en frente, pronto y ligero!...
¡Que a cada moza busque su caballero!
¡Unos pasos de danza muy despacito!
¡Es un chiche, salteña, tu pie chiquito!
¡Formad una cadena más apretada
que aquel jazmín menudo de mi enramada!
¡Que pasen las morochas de mano en mano!
¡Brillas, flor riverense, más que el verano!
¡A cambiar de pareja!
¡Dale que dale!
¡Y a ver el entrevero
cómo nos sale!
Es el baile nativo: nuestros camperos
aprenden de memoria sus relaciones,
y cuando lo preludian los guitarreros
florecen más a prisa los limoneros
y laten más a prisa los corazones.
Es el salmo nativo lo que se canta
al poblarse una cuna, cuando se llora
con amorosos ruegos en la garganta,
y cuando el estío la lumbre dora
las cuestas a que el trébol sirve de manta.
¡Donde liga que liga,
dale que dale!
¡Cada terrón menudo zurce una espiga,
que madura y repleta del terrón sale!
¡Es el baile nativo, bien punteado
por todas las guitarras de lo pasado!
¡Es el baile nativo, la danza fiera
del pampero en los pliegues de mi bandera;
¡pues lo mismo en los triunfos
que en las fatigas
resonó en los fogones
de nuestro Artigas!

El peligro de los perros hidrófobos

Es un error creer que el perro rabioso huye del agua, desde que no solamente la bebe, sino que también, si llega el caso, nada en ella, como en estado normal sin manifestar ese horror que el vulgo le atribuye. La aversión al agua es una característica, en cambio, de la hidrofobia en el hombre.

Se equivoca, en consecuencia, quien crea poder asegurar que un perro no está rabioso, por la razón de que se le ve bebiendo agua.

La apariencia exterior del perro rabioso no cambia en nada durante el primer período de la enfermedad; y es esta circunstancia, la carencia de signos externos la que hace a ese animal en tal estado doblemente peligroso. En los momentos de alivió, sigue el perro a su amo con la docilidad acostumbrada dejándose acariciar como si nada le pasara; hasta que, con la reanudación del acceso, ataca de improviso y da la mordedura infecciosa, fatal.

Entre los errores que circulan respecto a los perros rabiosos, está el de que éstos corren siempre en línea recta y dejan caer la cola ocultándola entre las piernas, como asimismo, de que se les ve arrojando baba por la boca. Todos estos síntomas suelen serlo más bien de fatiga, de que el animal ha efectuado una carrera o un ejercicio que le impuso un extraordinario esfuerzo. Hallándose, por otra parte, la boca del perro rabioso, más bien seca que húmeda, es de suponer que no puede, por tanto, en tal estado, despedir baba alguna.

El síntoma más característico del perro rabioso, y por el que es dable sospechar con mayor seguridad del estado del animal, es el cambio que se opera en su voz, y que se nota en su manera de ladrar. El tono de su ladrido varía, siendo tan pronto más agudo o bien más profundo que cuando el animal se hallaba sano. De ordinario, el afán de morder, propio de los perros rabiosos se manifiesta primero contra los gatos, luego contra sus semejantes los perros, contra otros animales, después particularizándose en su persecución a las gallinas, acabando por atacar y morder al hombre.

El perro rabioso muerde de un modo particular, esto es, en silencio completo, sin gruñir ni ladrar, y a veces repite peligrosos sus mordiscos.

Muchos perros muerden tan sólo corriendo, a otros animales pequeños, pasando de largo por los hombres y por los animales grandes. Otros, en cambio, muéstranse invadidos de un terrible furor canino, entrando y saliendo por todas partes, mordiendo aun sin ser hostigados, al hombre y a los animales grandes.

Muchas son las causas a que se ha querido atribuir esa terrible dolencia de la raza canina, pero aún no se ha dado de una manera clara y terminante, que no deje lugar a dudas, con el verdadero origen del mal.

Las gravísimas consecuencias de la mordedura de un perro rabioso son, por desgracia, bien conocidas.

Cuando se ha tenido la fatalidad de ser mordido por un perro rabioso, en lo primero que se debe pensar, sin vacilación alguna, es en evitar la propagación de tan terrible veneno a la masa de la sangre. Para este efecto la charlatanería y la superstición divulgaron muchos errores y prejuicios que casi siempre tenían efectos fatales. No faltaba quien creyese que pelos del mismo animal aplicados sobre la herida, hierbas, ungüentos, ciertas piedras, determinados polvos milagrosos, etc., etc., tenían la virtud de curar la herida y evitar la rabia. No hay que decir que todos ellos eran remedios perfectamente nulos, que quien a ellos se fiaba resultaba irremisiblemente víctima de la ignorancia.

En rigor, hasta que el feliz descubrimiento de Pasteur vino a salvar a la humanidad de tan terrible mal, no se conocía otro procedimiento radical y eficaz para curar la mordedura del perro rabioso y evitar la propagación del virus, que el del hierro candente.

El alma de las mulas

Dibujo de Hohmann

Por **César CARRIZO**

IBAMOS con un paisano de mis sierras, por la cuesta del Sigú, hacia las mesetas del Velazco, donde están los hontanares de Yaco-Chini.

Yaco-Chini significa "agua fría" en lengua aborigen, en el idioma musical, onomatopéyico que hablaron los diaguitas.

Íbamos, él, en una mula gateada, y yo, en un caballo brioso, de esos que se crían en los valles del Famatina, y que al decir de las gentes, tienen sangre de caballos peruanos, estirpe árabe, por lo cual resisten leguas y leguas, y son indemnes a la puna o mal de las alturas.

Estábamos pasando la siesta a la sombra de los biscos y totoras que sombrean los manantiales de Yaco-Chini, cuando el peón que me acompañaba me dijo:

—Los hombres que vienen de la ciudad y se largan cuesta arriba o campo abajo a tomar aire o a conocer la región, prefieren el caballo a la mula.

—Sin duda porque el caballo es más dócil—dije a mi vez.

—Puede ser. Yo, al contrario, como hombre nacido y criado en la montaña, prefiero la mula. Pa lucir el cuerpo y las prendas; pa boraciar los días de fiesta, con unos tragos de aguardiente en el pecho; pa jugar en los carnavales, está bueno el caballo. Ahora, pa peliar con la vida y por la vida, no hay nada como la mula.

—¿Es posible?

—De juro. La mula ama y odia como una mujer; se entiende, como una mujer de ley.

—¿Cómo es eso?

—Lo dicho. Pero es claro: hay que hacerse querer por la mula; hay que tratarla como a mujer fiel; si no, uno se expone a todo. Y este noble animal defiende al amo como las mujeres de agallas y corazón grande.

"Aquí donde me ve, hace treinta años que yo observo a las mulas. Otros estudian las hierbas de bien y de mal. Otros el tiempo: que si va a llover o no va a llover. Y también los pájaros y demás aves del campo.

—¿Conque las mulas tienen algo... de mujer?

—Mucho, patrón. Ya verá. Seguramente usté no conoce a mi compadre, Silvestre Peñaflor, el del Cantadero...

—No tengo ese honor.

—Bueno. El compadre, uno de esos hombres de coraje y ojo alegre como hay pocos, andaba una noche de farra. Y parece ser que en medio del baile se peleó con un forastero, uno de esos que de la mosquetería pasan pa dentro, sin que nadie los convide. Diz que faldas había de por medio... Ahí no más pelaron los fierros y salieron afuera, tajo contra tajo, y punta contra punta, hasta que llegaron junto a la mula de mi compadre.

"La noche era oscura; pero como la mula ve en las sombras, y conoce al amo, se dió cuenta del peligro que corría mi compadre. Entonces pegó un bufido, dió media vuelta, y le puso al forastero las dos patas traseras en el pecho, y con tal fuerza, que lo alzaron por muerto. Diz que milagrosamente salvó el hombre, después de varios meses de cama.

"Malos tiempos vinieron pa mi compadre Peñaflor, y la vendió a unos jachalleros que iban con tropa pa Catamarca. Al cabo de un año, ¿sabe lo que pasó? La mula se vino a la querencia. Cruzando llanos y montes, sin perder el rumbo, allá volvió; y una noche fría, mientras se contaban cuentos a la orilla del fuego, mi compadre la oyó relinchar ahí cerquita de las casas. Salió a recibirla, y la trajo hasta el corral, tomada del pescuezo, como si juera una mujer...

—¿Es cierto todo esto?—pregunté para estimular al hombre en su relato.

—De juro. Aquí no hay fantasía, patrón. Y conoce el peligro. ¿Que en el cerro lo ha olfatiao al tigre? Bufa, viene corriendo, y despierta al jinete, tocándolo con el hocico.

"¿Que el diablo anda cerca? No huye, como el caballo, ni llora como el perro, ni gana bajo los algarrobos; como el burro. Ahí se para; da un relincho fiero, que hace temblar los cerros, y espera que el amo, con la señal de la cruz, aleje al condenao.

"Y nadie como la mula pa orillar los precipicios. Sabe dónde tiene que pisar pa no desbarrancarse. Y sabe qué debe hacer cuando viene la tormenta. Una vez me había yo metido en el cerro campiando una yegua perdida. Como el rastro se iba pa arriba, me fuí quebrada adentro. Me dió rabia. Iba emperrao tras las huellas. Aquello era cosa del diablo... En eso vi que el cielo se ponía negro, y empezó a caer la nieve. Caía en copos blancos, pero matadores. Cuando yo me acordé, estaba medio helao, y el frío me subía ya al corazón. Largué las riendas. Metí las manos bajo el poncho, y me tomé a la cabeza del recao. Había perdío el sentido, l'habla, no oía ni veía nada. ¿Qué iba a hacer yo, medio muerto, y entre los cerros? Entonces la mula dió media vuelta; orilló unos pozos de nieve, y casi al galope me sacó de la quebrada y me trajo a mi casa. Como no tenía acción pa nada, me bajaron en peso, y aquí me tiene sano y salvo, patrón."



...Ibamos con un paisano de mis sierras...

Yo escuchaba el relato de aquel paisano con la curiosidad de un niño y la inquietud de un hombre chapado de progreso y civilización, que no sabe nada de los enigmas de la naturaleza. Y mi compañero de viaje prosiguió:

—Cariñosas con el que las quiere; valientes en el peligro; rumbiadoras cuando el propio jinete pierde el rumbo; son bravas, malazas, si por un casual, el amo les pega en la cabeza, o les hinca las espuelas en el corazón. Entonces se paran en dos pies, y lo botan lejos. Y lo patean; y si ha quedao, por desgracia, con el pie metido en el estribo, lo arrastran, lo basurean y hasta lo matan. Hay que tener cuidao con las mulas, patrón. ¡Ja, ja, jay!... Parece que pa ellas, o bien pa esas mozas de agallas y corazón fuerte, se 'a hecho la copla que dice:

"Si me querís, te quero;
si me pegás, te mato;
si me olvidás, te olvido,
y a todo me hago".

"Y las mulas que así fueron hechas de fierro para el dolor y para el querer, y que aman cuando aman, y odian cuando odian, pero sin aspavientos ni zonceras; las mulas, patrón, no pueden con los difuntos. El olor del cristiano muerto las vuelve inútiles.

"Yo vide esto: tres hombres, cada uno en su mula, se fueron al cerro, a campiar unos toros. Uno de ellos murió, y los compañeros cargaron al difunto en la propia cabalgadura. Durante el camino, diz que la mula seguía y no seguía. Quería echarse; venía con la cabeza agachada, hasta que llegaron a las casas. Se arrodilló y empezó a tiritar. Entonces el viejo Pantaleón, uno de esos viejos de cuenta que saben muchas cosas, le quebró en la frente un huevo de gallina recién puesto. Y fué como si el pobre animal dispertara de un sueño. Pero dende ese día quedó inútil. En vez de mula parecía un jumento viejo, uno de esos burros que a medida que van llegando a la muerte, pierden el pelo. Hasta que la mula murió también, sin dar un bufido.

"¡Ah! Y son celosas... ¡Ja, ja, jay!... Esto me pasó a mí. Una noche, allá en el Carrizal, quise robarme una buena moza que me había robao el corazón; una de esas mujeres que se le meten a uno en las entrañas del alma, y quieren venirse con su hombre pa el "amaño", pa toda la vida.

"Como le digo, quise traerla, y la eché en las ancas. ¿Traerla? ¡Pa cuándo! La mula hizo un saque y un quite, y de un embión me la tiró al suelo. Yo vide el peligro, y me quedé en el Carrizal...

"Son celosas, patrón; y diz que donde hay celos, hay cariño. Güeno, pues, la mula llora más que nadie cuando muere el amo. Pero no llora pa fuera, sino pa dentro.

"No permiten que nadie las enfrene ni las ensille. Y se van de la casa, a los cerros, a olvidar su pena; o bien se quedan en el corral, y no comen ni beben, lo mismo que esos cuzcos que no quieren salir de debajo del catre donde murió el amo.

"Aquí no hay fantasía, patrón. Las mulas tienen alma, tienen un corazón fiero y bueno, como esas mujeres que aman a uno solo, y con él se "amañan", y con él pasan las buenas y las malas."

II

AQUEL paisano de mis sierras me dejó perplejo con su relato. ¿Había en ello experiencia de verdad o ingenua superchería? ¿Hablaba como uno de esos taumaturgos del cerro, tan imaginativos, o bien con la sabiduría sencilla y clara que el hombre de los campos recoge en el libro de la naturaleza? No lo sé. No puedo negarlo ni afirmarlo. De pronto el desprestigio y el temperamento zahareño de las mulas cobraban gracia y fuerza femenina en labios de aquel hombre. ¿Quiénes decían la verdad, los que denuestan a las mulas o éste, que las glorificaba?

Lo único cierto es que ahí, junto a los manantiales de Yaco-Chini, en las cumbres del Velazco, lejos de la civilización, mi compañero de viaje me grabó en el espíritu una huella profunda con su palabra; una huella en forma de un largo interrogante.

Hace 26 años que una montaña de expedientes impide navegar al velero "María Madre"

(Continuación de la pág. 22)

VIVIENDO DE LA ESPERANZA

HACE algunos años que el capitán Pedro Balestrino se encuentra en Buenos Aires. Vino a la metrópoli argentina para realizar algunas gestiones con el fin de lograr que se le devuelva la embarcación.

También aquí desarrolló una actividad inusitada, pero muy poco ha conseguido hasta ahora.

Para atender a su sustento tuvo que recurrir a las profesiones más modestas, y nunca ha protestado de su poca suerte. Tiene fe en sí mismo y esperanza de que algún día se le hará justicia.

Ultimamente, entre varios italianos calificados, que estiman al capitán Balestrino, se ha constituído un Comité Pro-Defensa de la "María Madre", el cual realiza ahora gestiones directas antes las autoridades del vecino país para que se haga justicia al marino italiano, que está viviendo una verdadera odisea.

Y MIENTRAS, A BORDO...

EN tanto el pleito sigue sin solución y el expediente crece con una lentitud desesperante, a bordo del velero, el hijo de Jerónimo Viacava, que al llegar a Paysandú era el más joven de los tripulantes, ha cumplido cuarenta y tres años...

Es el único tripulante que queda en la embarcación, y, como si la vida a bordo fuera tan normal como antes, todas las noches coloca a la vista las luces reglamentarias e iza la bandera italiana en los días festivos

Este ex muchacho, al que, sin darse cuenta, le va sorprendiendo la vejez, es el fiel acompañante del casco desmantelado del velero, y quizá con él, fatigado por la intemperie y castigado por el sol y las mareas, un día se hundirá para siempre.

Gente que muere sobre el suelo

LOS sijs o seijs forman una secta religiosa de la India, que durante un siglo fué una verdadera nación militar y tuvo gran preponderancia en el Penyab. Hoy sólo conserva seis principados, en los cuales viven unos dos millones de individuos.

Sus costumbres son muy curiosas, como las de todos aquellos países; pero entre ellas, una de las más notables consiste en que ningún seij que se precie de observar bien su religión muere en el lecho. Sea cualquiera su categoría o su edad, el moribundo se echa en el suelo pelado y allí espera la muerte, porque, según sus creencias, en semejante trance no debe existir el más pequeño trapo que aisle al cuerpo del contacto con la tierra.

Los seijs son muy refractarios al estudio y su educación es muy deficiente. El número de los que saben leer y escribir no llega al seis por ciento de la población total.

El distintivo de este pueblo es su carácter guerrero y sus largas cabelleras, pues nunca se tonsuran, como otros indios.

La juventud optimista y sonriente se ríe de los rayos del sol

Eso es cierto; pero hay que recordar que juventud es sinónimo de inexperiencia. Las mujeres prudentes y avisadas que han sabido retener el aspecto juvenil de su cutis hasta bien pasados los cuarenta no han obrado ciertamente con tan ligera despreocupación. Las quemaduras que el sol produce no sólo causan una viva sensación de dolor, sino que también hacen que la piel se vuelva marchita, áspera y absolutamente impresentable. Las inteligentes damas que han adquirido la costumbre de la mercolización nunca tendrán que sufrir la desfiguración de su cutis. Estas damas saben que con sólo aplicar cera mercolizada a las partes del cuerpo que se hallan expuestas a la acción de los rayos solares, repitiendo esta operación cada vez que sea menester salir al aire libre, se logra una invisible, pero, sin embargo, eficacísima protección para el cutis. Siguiendo diariamente este procedimiento y repitiendo las aplicaciones de cera mercolizada todas las noches, antes de acostarse, se consigue que la tez se renueve constantemente, de manera que ella ofrezca siempre la admirable apariencia de un cutis eternamente juvenil y tan bello como los cándidos, sedeños y delicados pétalos de una margarita.

"Las Verdades del Loco"

Por **Antonio FERRARI**

No tiene más remedio que seguir en el bar gastando níqueles y desgastando el estómago. No se atreve a esperar afuera, desafiando la llovizna que azota los rostros barrida por el viento del sud, pues bien sabe que su delicado organismo sería pronto presa de los tentáculos de esa tarde opaca y fría.

— ¡Mozo!

— ¿Señor?

— Otro café.

Es el cuarto café que se dispone a deglutir. Lleva ya dos horas allí sentado, esperando, sin duda, a alguien. En la mesita rectangular, debajo de un sombrero descolorido, descansa un rollo de papel, sobre el que, de tarde en tarde, apoya una de sus resecas y huesudas manos, como para cerciorarse de que no se lo han hurtado. "¡El fruto de mi ingenio!", murmura con un suspiro de tristeza y orgullo, a igual que esos progenitores pobres que, si bien se enorgullecen de sus hijos, sufren al solo pensar que no podrán darles sólida instrucción.

— ¿Llegaré a hacer de él un hijo mimado del público? — vuelve a murmurar sin mucho optimismo.

El ruido de la calle lo saca de sus cavilaciones. Escudriña hacia afuera. Su mirada esfuérzase por quebrar la resistencia del vidrio empañado que le impide una visión nítida de los transeúntes. Por eso, cada vez que abren la puerta del bar, su cabeza se erecta automáticamente para que los ojos enfoquen de un golpe al visitante, y si luego comprueba que no lo conoce, hace un gesto de fastidio y parece hundirse en la silla. Saca el reloj y mira sin ver: no le interesa la hora, lo mira por mirar algo.

Y así van corridas más de dos horas, en un intermitente entrar y salir de parroquianos, recibidos unos y despedidos otros por la angustiosa mirada de ese solitario señor, dueño de una abundante melena que amenaza cubrirle toda la parte posterior de su pardusco cuello, otrora blanco y lustroso.

Cansado de escudriñar hacia afuera, revolotea la mirada por todos los ámbitos del bar: la detiene un segundo en la orquesta, sin reparar en la belleza juvenil de las musicantas, y luego, displicentemente, va a confinarla en el fondo del pocillito de café. Sorbe el resresto — un poco de "lastre" compuesto del azúcar no disuelta y polvillo de café de la más baja calidad, — y palmotea las manos.

— ¡Mozo!

— ¿Señor?

— Otro café.

— Parece, señor, que hoy le sucederá lo de ayer.

— Hasta ahora tiene visos de ser así. Nunca ha sido hombre cumplidor el tipo ése.

— ¿Qué tipo?

— El director de la compañía teatral de la otra cuadra.

— ¿Usted es artista?

— No; autor. Novel todavía, pero en vísperas de rápida consagración.

— Dios le oiga.

— Así digo yo. Si es cierto eso de que "ayúdate, que Dios te ayudará", no pueden fallarme mis cálculos.

— ¿Y qué escribe usted? ¿Sainetes?

— ¿Cara de tan poca cosa tengo yo, mozo?

— ¡Oh, disculpe! Entonces..., ¿comedias?

— No. Me he inclinado hacia el género más noble, más clásico, más profundo: ¡el drama! Este rollo que usted ve aquí es un drama. El último drama que he escrito.

— ¿Y por qué, precisamente, va a iniciarse con el último?



De nuevo en la calle...

— Porque es el más perfecto. Pero no crea que destruiré los otros. Haré lo que hacen todos: una vez consagrado por el público y la crítica, me daré a la tarea de endilgarles mis primeras lucubraciones.

— ¿Y cómo se llama su drama, si no es mucha curiosidad?

— "Las Verdades del Loco."

— ¡Lindo título!

— Muy lindo, ¿verdad?... Pero hágame el favor de traerme el café que le he pedido. Después seguiremos hablando.

— Al momento.

El autor acaricia el rollo, orgulloso de despertar la curiosidad del mozo. Extrae el reloj y mira la hora: como antes, como siempre, mira sin ver.

— Servido el café, señor.

— ¡Qué rápido!

— Es que me azuza el interés por saber algo de su drama. Avíseme cuando se estrene, que iré a aplaudirlo a rabiar.

— Le avisaré; pierda usted cuidado.

De un sorbo, el autor se embucha el quinto pocillo de líquido negro. Bebe un poco de agua y se limpia la boca con el dorso de la mano.

— Pues sí, señor; este drama será un éxito rotundo o poco menos. En él vapuleo sin asco a esos empresarios analfabetos y directores incapaces que infestan nuestra escena, cerrando el paso a las nuevas generaciones que acuden a inyectar su savia fecunda y virgen en el viejo y carcomido árbol del teatro nacional.

— ¿Y eso le van a estrenar a usted? Es mucho coraje; vea que lo van a matar... ¿Y cómo se atreve ese director?

— ¡Ah, él no conoce la obra, todavía! Pero en cuanto se empape bien de su argumento, estoy seguro que delirará, porque es la excepción entre los directores, y porque, justo es decirlo, él no hace del teatro un "modus vivendi".

— Así y todo...

— ¡Oh, cállese! De buena gana le leería, ahora mismo, algunos pasajes de mi estupendo drama, se que presenta al empresario Ruibaldo — le advierto que todos son nombres supuestos, pero vea usted en todos ellos a los tipos de la farándula teatral; — decía, pues, que es estupenda la escena en que se topan el empresario Ruibaldo y el autor novel, el loco del título.

— ¡Ah! ¿Aparece un loco?

— Loco, propiamente, no. Pero lo parece por lo arriesgado y por las verdades que canta. Sabrá usted que sólo los locos y los niños dicen verdades.

— Cierto...

— Mi loco, digo, mi protagonista, es autor novel sin recursos y sin influen-

(Continúa en la pág. siguiente)

"Las verdades del loco"

(Continuación de la pág. anterior)

cias. El pobre ha tenido la desgracia de caer en manos de un empresario-director sin escrúpulos, que lo hace ir y venir, malgastándole el tiempo y la paciencia, hasta que, con todo cinismo, le dice que la obra se ha extraviado... y que haría bien en no aportar más por allí y dejarse de fastidiar con sainetones. Hasta en esto mentía el crápula de empresario, pues ha de saber usted que mi autor había escrito un drama. Entonces — y aquí viene lo bueno. — rojo de ira y asco, en dos palabras pone al empresario de oro y azul. Entonces acuden a los gritos algunos actores y actrices, y se arma la tremolina. En fin, que dos o tres artistas de menor categoría que ven en la desgracia del autor novel su propia desventura, salen a defenderle y unen sus denuestos a los del loco, convirtiendo la dirección en un campo de Agramante.

— ¡Estupendo!; ¡colosal!; ¡divino! Será un éxito, no lo dude. Mire mis puños crispados: si me estaba creyendo que todo era verdad.

— Y lo es, mi buen admirador. Es la historia de todos los días.

—Léame ese pasaje. Lo quiero aprender de memoria.

— No. Dejémoslo así, virgen. Sería profanarlo. Ya tendrá oportunidad de aprendérselo en el teatro, si usted se costea tres o cuatro funciones.

A una mesa próxima acaban de sentarse dos señores.

— ¡Mozo, que estamos apurados!

— ¿Qué se sirven los señores?

El autor, al quedar solo, repite la operación de extraer y mirar el reloj. Ahora "ve", pues cerciórase de que se había detenido a las 16, justamente su hora de entrada en el bar. Mira el reloj de pared: las 18 y 30. ¡Dos horas y media esperando! Ya no tiene esperanza de que aparezca el director. Abona el gasto, se cala el descolorido sombrero, toma el rollo de papel, y tras sacudir las piernas para hacer deslizar los pantalones, que así y todo no alcanzan a tocar unos zapatos raídos y sin lustre, que dejan asomar más de lo prudente unas medias de ínfimo precio, sorbe un poco de agua y sale a la calle. En seguida se vuelve. Cree olvidarse algo. Llega hasta la mesita que segundos antes ocupara, la examina de un vistazo y luego retira de ella los diez centavos que había dejado para el mozo.

De nuevo en la calle, se acomoda bien el sombrero, levántase la solapa del saco y marcha a paso forzado, como quien tiene prisa de llegar a hora.

El mozo sirve a los recién llegados.

— Mozo, ¿quién era ese tipo con el que usted hablaba hace un momento? — inquiere uno de ellos.

— Un buen muchacho. Autor teatral de fibra.

— Tenía cara de loco — objeta otro.

— De genio, de mártir, digan ustedes. He tenido el privilegio de escuchar su último drama, y créanme, señores, que ese autor irá lejos... ¡Qué argumento! ¡Qué drama! Hará furor... Pero callen ustedes; allí vuelve.

En efecto, el autor entra en el bar. Indeciso se detiene próximo a la puerta. A poco, resoluto, vuélvese a sentar frente a la mesita que ocupara dos horas y media. Deposita en ella su rollo de papel vale decir, su drama; lo cubre con su desteñido sombrero, que deja libre la melena, y golpea las manos.

— ¡Mozo!

— ¿Señor?

— Un café.

—Al momento, señor... ¡Exprés para uno! — grita el mozo, pensando para sus adentros: "Vendrá a esperar de nuevo al director. ¡Pobre mártir!"

Los señores de la mesa próxima están tentados de hablarle. Creen que es un genio y un loco..., quizá más de ésto que de lo otro. Pero el autor no les da oportunidad: levántase de la mesa y dirígese a los fondos del bar. El paso gallardo, la cabeza alta y las manos colocadas a lo Napoleón, contrastan con el desgarbado andar en la calle.

El mozo llega con el café, extrañándose al no encontrarlo.

— Ha ido hacia allá — le advierte uno de los señores, disponiéndose a salir con su compañero.

— ¡Ah, ya! Al servicio.

El mozo mira el rollo, y una tentación irresistible le cosquillea el cuerpo. Apenas desaparecen los dos señores, sin pensarlo más, desenvuelve el rollo, el precioso cofre del más grande drama, a su juicio... Todo el bar oyó un grito de asombro que el mozo dejó escapar inconscientemente. El rollo contenía papel de almacén sin escribir.

Libertad e igualdad

Por Mariano Moreno

La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente. Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad, y este cántico a la libertad es muy compatible con las cadenas y la opresión de los que lo entonan. Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad. Si me considero igual a mis conciudadanos, ¿por qué he de presentarme de un modo que les enseñe que son menos que yo? Mi superioridad sólo existe en el acto de ejercer la magistratura que se me ha confiado; en las demás funciones de la sociedad, soy un ciudadano, sin más derecho a otras consideraciones que las que merezca por mis virtudes.

La página de la mujer

Por Dama GRIS

LOS EQUIPOS JUVENILES DE VACACIONES. — En el "truseau" de una jovencita, destinado al veraneo, deberán entrar en gran parte las prendas y vestidos de algodón.

Que sean lavables, fáciles de planchar y nada frágiles, tales son las principales cualidades que han de caracterizar estos vestidos de colores claros y de telas frescas y livianas, cuyo principal atractivo está en sus particulares propiedades para la vida veraniega. La cretona, cuando se la ha elegido flexible y de un lindo color, es una de las telas más prácticas para los vestidos campestres. Tiene, además, la ventaja insuperable de que proporciona las toilettes más económicas. Con un cuellito de lencería o de toile de color liso, unos ribetes también lisos en un color armonioso, se tendrán los adornos suficientes para que un vestidito pintoresco de cretona tenga un aspecto juvenil y elegante.

Ahora bien; es conveniente con los vestidos de cretona evitar cuanto sea posible los plegados, pues no se conservan bien con esta tela. Solamente se usarán los plegados cuando sea para sustituir los fruncidos y en caso de que éstos no resulten bien.

El marocain de algodón y las telas rugosas y blandas, de la especie de la tela esponja, son también tejidos sólidos, pero conviene tener en consideración que se estrechan al ser lavadas. En previsión de esto, se ha de tener la precaución de mojarlas y plancharlas después de secas, antes de cortarlas para la confección de los vestidos.

La "bourette" de seda es también una tela que tiene positivas ventajas. Es resistente y barata. Se objetará que no tiene lindos colores; esto es verdad, pero se presta más que otras telas para ser teñida en casa; y esto puede hacerlo una misma. No recomiendo la "bourette" estampada, aun cuando es susceptible, también, de ser teñida, porque esta tela se debilita fácilmente en sus colores, a menos que se encuentren algunos de estos tejidos de calidad especial y superior, lo que colocaría ya este tejido fuera de la categoría de las telas económicas, que es una cualidad esencial para estas toilettes que han de utilizarse únicamente una breve temporada y para todo andar.

Algunas mujeres habilidosas saben reforzar el color perdido de las flores o dibujos de las telas estampadas, por medio de colores lavables aplicados al pincel, o, simplemente, con unos lápices de colorear que se venden al efecto del dibujo de telas.

Los voiles estampados son encantadores, pero se emplean para vestidos más habillées.

Si se necesitan vestidos más habillées, se emplearán entonces los crêpes de algodón o la muselina de seda o el tul, que es el tejido más elegante para trajes de fiesta.

EL MOBILIARIO. — Una gran parte de la ciencia social que se llama el buen tono, consiste en el arreglo de la casa; hay que saberla adornar y amueblar, dando a cada una de las habitaciones el carácter que le es propio y conservando cierta unidad sobre todas ellas, y cierta relación con la fortuna que se posée y las funciones que se desempeñan; así, una panoplia está muy bien en el despacho de un militar o de un cazador, pero sería ridícula en el de un magistrado.

El mobiliario varía, como hemos dicho, según la fortuna, el cargo y las personas a quienes haya necesidad de recibir; sin embargo, se pueden dar algunas reglas generales.

La antesala es una pieza destinada a hacer esperar las visitas ordinarias, y debe instalarse con sencillez. Sin embargo, su decoración ha de estar relacionada con el interior de la casa, el estilo y el color de los muebles.

El decorado del comedor varía infinitamente, según el gusto y la posición de cada uno; deben preferirse las pinturas francas, sin brillo, los colores neutros y las tapicerías que representen flores, plantas o escenas de la vida campestre, y lo mismo los cuadros.

La alcoba tiene por todo mobiliario el lecho, el armario o cómoda, la mesa de noche, sillones y sillas. Con frecuencia la alcoba es una pieza de reducidas dimensiones, cuando debía ser, por el contrario, la más aireada y la más soleada de toda la casa: es una condición esencial para la salud y el alargamiento de la vida, el que estén higienizadas las horas del sueño, que son las que devuelven al cuerpo fatigado, la inteligencia, la lucidez y la energía. Los antiguos sentían la misma indiferencia que nosotros hacia esta ley higiénica, y se ha hablado con asombro de la pequeñez de las alcobas romanas que, con frecuencia, no recibían luz más que por la puerta de entrada.

La alcoba moderna debe ser amplia, accesible al sol fácilmente, aireada y, si es posible, alejada del ruido y del movimiento. Es preciso tener presente que una enfermedad puede retenernos largo tiempo en esta habitación, que está destinada a recibir, no sólo a una pareja, sino a veces una cuna y la asistencia necesaria.



LA MODA PARA LA PLAYA Y EL CAMPO

He aquí un conjunto de modelos exquisitos y excelentes para la temperatura variable que se experimenta en las excursiones de la vida veraniega, y cuya descripción es como sigue: De izquierda a derecha. 1.— Elegante y juvenil modelo de dos piezas, en chamerlaine blanco, guarnecido con crêpe de China azul obscuro. 2. — Vestidito de crêpe Mongol o crêpe de China, color rosa pálido, con el corpiño bordado en seda oro viejo. 3 — Vestido de crêpe satín verde absinthe, de dos tonos, mate y brillante combinados en la forma que indica el modelo. 4 — Vestido de gran moda, de crêpe de China, estampado en colores claros con guarniciones en negro. 5 — Vestido de tela escocesa acompañado de un tapadito de género liviano color malva y fieltro gris. 6 — Tres piezas de jersey color arena y crêpe de China negro.

CORREO FEMENINO

Interesada por la Moda. — Le resultará muy bien combinándolo con crêpe georgette, siempre que sea del mismo tono que el crêpe mongol.

Rubiecita Frágil (Hernández). — 1º A un zapallo de tronco, de regular tamaño, se le corta uno de los casquetes, haciéndole como una tapa; se le quitan del interior las semillas y parte de la carne, colocándole después dentro tajadas de tocino. Luego se rellena con un picadillo, que se prepara del modo siguiente: Se pica finamente cualquier clase de carne a la que se agrega cebolla desmenuzada frita en manteca, se le añaden también dos huevos, pan mojado en leche y perejil picado, pasas y aceitunas; se sazona todo y se cuece el relleno un ratito. Después de relleno el zapallo con el picadillo, se le coloca la tapa, pegándola con clara de huevo. Se cuece en una cacerola, rociándolo con agua, a la que se agrega jugo de limón y un poco de salsa de tomate. Cuando está cocido se añaden al caldo un poco de vino blanco, sal y pimienta y se espesa con un poquito de fécula. Al servir se cuela esta salsa y se vierte sobre el zapallo. 2º La manzanilla silvestre sirve para el lavado del cabello.

Mary (Doril). — Lo primero es lavar bien el ojo con agua boricada tibia, por medio de un trocito de algodón hidrófilo. Se seca muy bien, y, en seguida, con la puntita del dedo se aplica sobre el orzuelo la siguiente pomada: vaselina blanca, 5 gramos; óxido amarillo hidrargírico, 15 centigramos; aceite de almendras, 10 gotas. Al aplicarse la pomada, cuide tener el párpado bien cerrado, para evitar que aquella se introduzca e irrite la pupila. La operación se hace dos veces por día, al acostarse y a la mañana. En dos o tres días estará bien del todo y no le volverán a salir orzuelos.

Morocha Norteña (Salta). — Esas manchas a que hace referencia en su primera consulta deben provenir del sistema digestivo, y no es de mi competencia aconsejarle nada sin conocer mejor su naturaleza. 2º Para las manchas del sol, mezcle en partes iguales zumo de limón, agua de rosas y alcohol rectificado; deje reposar la mezcla durante todo un día, colándola después por una tela fina. Por la mañana y por la noche antes de acostarse se lava la cara con esa preparación.

Ojos Negros (Paraná). — Con una muñeca de trapo pase la cera por el piso. Una vez bien seco, le sacará brillo frotándolo con un trozo de franela o de un género de lana.

La Nere. — La confitura blanca se hace de la siguiente manera: se bate a punto de merengue la clara, añadiendo un almíbar a punto fuerte. Se bate todo bien hasta que quede muy espeso, y por medio de un cuchillo o espátula, se extiende encima de los dulces, que deben quedar bien cubiertos por una capa lisa e igual.

Nena Dorita (San Andrés). — Use la siguiente brillantina: aceite de almendras dulces, 50 gramos; tintura de ámbar, 40 centigramos; esencia de limón, 20 centigramos. Se fricciona bien.

Amalia (Capital). — Si es usted rubia, no le sentará ese color. Prefiera el azul en todos sus matices.

Kate (Alberti). — Uno de los procedimientos más prácticos es el frotarse la cabeza con agua salada bien caliente.

Elegante (Tres Arroyos). Transforme su vestido con un cuellito blanco y puños del mismo color, añadiéndole también voladitos de puntilla. No le quite las mangas, pues se ha generalizado su uso.

Nena (Lanús). — La cera virgen se usa para el piso siempre que sea para dar más brillo, pero para darle color habrá que derretirla y añadirle anilina del tono que se quiera dar a la madera. 2º Las teclas de piano se limpian cubriéndolas con una capa espesa de zumo de limón y blanco de España, cuidando que esta pasta no se escurra entre las teclas. Pasados unos minutos se quita la pasta con un paño mojado en agua caliente, pero muy retorcido. Después se pulimentan aplicando un poco de aceite común con un trapo y frotando hasta que desaparezca todo rastro de grasitud.

Novia Inquieta (La Plata). — El lavado de los pañuelos bordados o de encaje se efectúa del modo ordinario, pero debe evitarse con cuidado el retorcerlos; habrá que limitarse a la compresión entre las manos.

Madrecita Platense. — Sí, señora, es práctica social que los padres y los padrinos obsequien a los niños con motivo de hacer su primera comunión.

Rubia Norteña. — Para conservar rubio el cabello es muy eficaz una solución concentrada de potasa, 50 gramos; con cerveza, 450 gramos. Se moja el cabello y se deja secar.

Ñata de Ojos Negros (Alta Gracia). — Ese defecto del cutis solamente se consigue disimular con el uso de ciertas cremas, o disminuirlo a la larga mediante masajes hábilmente practicados.

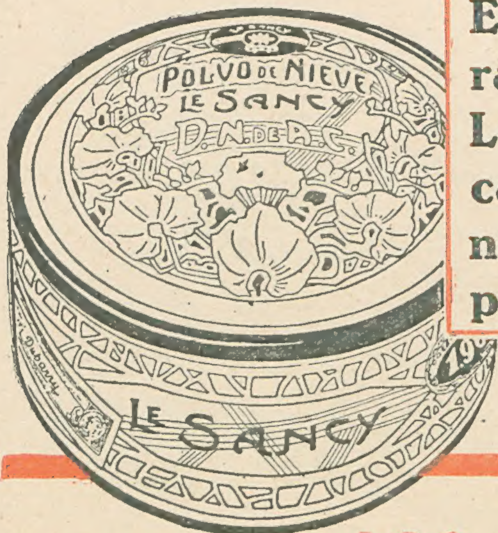
Leocadia (Caseros). — 1º No conozco ese dulce que menciona. 2º La casa se ofrece sencillamente, poniéndola a disposición de la visita e invitándola a concurrir. 3º No se contestan las tarjetas de ofrecimiento. 4º Las felicitaciones, sí; es cortés agradecerlas cordialmente.



El Sello Personal

Como el artista combina los colores en su paleta para dar con el matiz deseado, así muchas señoras y señoritas, con fino sentido estético logran combinar los distintos tonos de polvos Le Sancy hasta dar con el más indicado, ya sea para las mejillas, para la frente, para dar un pequeño toque que realce el fulgor de la mirada....

Ese es el secreto de muchas señoras. En lugar de una caja de polvo Le Sancy tienen en su toilette tres cajas de distinto color: al combinarlos logran dar a su cutis un sello personal, distinguido y atrayente.



Perfumeria
Dubarry



Caja Grande $ 1.90

Caja Media $ 0.70

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.